



James Allen

El Camino de la  
Paz

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL CAMINO DE LA PAZ**

**JAMES ALLEN**

**PUBLICADO: 1907  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# CONTENIDOS

<a href="#"><u>El poder de la meditación</u></a>	2
<a href="#"><u>Los dos maestros, el yo y la verdad</u></a>	8
<a href="#"><u>La adquisición del poder espiritual</u></a>	15
<a href="#"><u>La realización del amor desinteresado</u></a>	19
<a href="#"><u>Santos, sabios y salvadores; la ley del servicio</u></a>	31
<a href="#"><u>La realización de la paz perfecta</u></a>	36

# EL PODER DE LA MEDITACIÓN

La meditación espiritual es el camino hacia la Divinidad. Es la escalera mística que va de la tierra al cielo, del error a la Verdad, del dolor a la paz. Todo santo la ha subido; todo pecador debe llegar a ella tarde o temprano, y todo peregrino cansado que da la espalda al yo y al mundo, y pone su rostro resueltamente hacia el Hogar del Padre, debe plantar sus pies en sus rondas doradas. Sin su ayuda no puedes crecer hacia el estado divino, la semejanza divina, la paz divina, y las glorias inmarcesibles y las alegrías impolutas de la Verdad permanecerán ocultas para ti.

La meditación es la intensa permanencia, en el pensamiento, sobre una idea o tema, con el objeto de comprenderlo completamente, y todo lo que medites constantemente no sólo llegarás a comprenderlo, sino que crecerás más y más en su semejanza, porque se incorporará a tu propio ser, se convertirá, de hecho, en tu propio ser. Por lo tanto, si constantemente te ocupas de lo que es egoísta y degradante, al final te convertirás en egoísta y degradante; si piensas incesantemente en lo que es puro y desinteresado, seguramente te convertirás en puro y desinteresado.

Decidme en qué pensáis más frecuente e intensamente, en qué, en vuestras horas de silencio, vuestra alma se vuelve más naturalmente, y os diré a qué lugar de dolor o de paz estáis viajando, y si estáis creciendo a la semejanza de lo divino o de lo bestial.

Hay una tendencia inevitable a convertirse literalmente en la encarnación de aquella cualidad en la que uno piensa más constantemente. Por lo tanto, deja que el objeto de tu meditación esté por encima y no por debajo, para

que cada vez que vuelvas a él en tu pensamiento seas elevado; deja que sea puro y no esté mezclado con ningún elemento egoísta; así tu corazón se purificará y se acercará a la Verdad, y no se contaminará y se arrastrará más irremediabilmente al error.

La meditación, en el sentido espiritual en que la estoy usando ahora, es el secreto de todo crecimiento en la vida y el conocimiento espirituales. Todos los profetas, sabios y salvadores se convirtieron en tales por el poder de la meditación. Buda meditó sobre la Verdad hasta que pudo decir: "Yo soy la Verdad". Jesús meditó sobre la inmanencia divina hasta que por fin pudo declarar: "Yo y mi Padre somos Uno".

La meditación centrada en las realidades divinas es la esencia y el alma de la oración. Es el alcance silencioso del alma hacia el Eterno. La mera oración petitoria sin meditación es un cuerpo sin alma, y es impotente para elevar la mente y el corazón por encima del pecado y la aflicción. Si rezas diariamente por la sabiduría, por la paz, por una pureza más elevada y una realización más plena de la Verdad, y aquello por lo que rezas sigue estando lejos de ti, significa que estás rezando por una cosa mientras vives en pensamiento y acto otra. Si dejáis de ser tan descarriados, apartando vuestra mente de esas cosas cuyo aferramiento egoísta os impide la posesión de las realidades inoxidables por las que rezáis: si ya no pedís a Dios que os conceda lo que no merecéis, o que os conceda ese amor y compasión que os negáis a conceder a los demás, sino que empezáis a pensar y actuar en el espíritu de la Verdad, día a día iréis creciendo en esas realidades, de modo que finalmente os haréis uno con ellas.

Aquel que quiera obtener cualquier ventaja mundana debe estar dispuesto a trabajar vigorosamente para conseguirla, y sería realmente tonto quien, esperando con las manos cruzadas, esperara que le llegara por el mero hecho de pedirla. Por lo tanto, no te imagines vanamente que puedes obtener las posesiones celestiales sin hacer un esfuerzo. Sólo cuando comiences a trabajar seriamente en el Reino de la Verdad se te permitirá participar del Pan de la Vida, y cuando hayas ganado, mediante un esfuerzo paciente e infatigable, el salario espiritual que pides, no se te retendrá.

Si realmente buscas la Verdad, y no simplemente tu propia gratificación; si la amas por encima de todos los placeres y ganancias mundanas; más, in-

cluso, que la felicidad misma, estarás dispuesto a hacer el esfuerzo necesario para su logro.

Si quieres liberarte del pecado y de la tristeza; si quieres saborear esa pureza inmaculada por la que suspiras y rezas; si quieres realizar la sabiduría y el conocimiento, y entrar en la posesión de una paz profunda y duradera, ven ahora y entra en el camino de la meditación, y deja que el objeto supremo de tu meditación sea la Verdad.

Al principio, la meditación debe distinguirse del ensueño ocioso. No hay nada de ensoñación ni de falta de práctica en ella. Es un proceso de búsqueda y de pensamiento inflexible que no permite que nada permanezca sino la simple y desnuda verdad. Así, meditando, ya no te esforzarás por construirte en tus prejuicios, sino que, olvidándote de ti mismo, recordarás únicamente que estás buscando la Verdad. Y así eliminarás, uno a uno, los errores que has construido a tu alrededor en el pasado, y esperarás pacientemente la revelación de la Verdad que llegará cuando tus errores hayan sido suficientemente eliminados. En la silenciosa humildad de tu corazón te darás cuenta de que

"Hay un centro íntimo en todos nosotros  
Donde la Verdad mora en plenitud; y alrededor,  
pared sobre pared, la carne burda la encierra;  
Esta perfecta y clara percepción, que es la Verdad,  
Una malla carnal desconcertante y perversa  
La ciega, y hace que todo sea un error; y conocer,  
consiste más bien en abrir un camino  
Por donde pueda escapar el esplendor aprisionado,  
que en lograr la entrada de una luz  
que se supone que está fuera".

Elige un momento del día para meditar, y mantén ese período sagrado para tu propósito. El mejor momento es la madrugada, cuando el espíritu de reposo lo invade todo. Todas las condiciones naturales estarán entonces a tu favor; las pasiones, después del largo ayuno corporal de la noche, estarán

subyugadas, las excitaciones y preocupaciones del día anterior habrán desaparecido, y la mente, fuerte y sin embargo descansada, será receptiva a la instrucción espiritual. De hecho, uno de los primeros esfuerzos que tendrás que hacer será sacudirte el letargo y la indulgencia, y si te niegas serás incapaz de avanzar, pues las exigencias del espíritu son imperativas.

Despertar espiritualmente es también despertar mental y físicamente. El perezoso y el autoindulgente no pueden tener conocimiento de la Verdad. Aquel que, poseyendo salud y fuerza, desperdicia las tranquilas y preciosas horas de la silenciosa mañana en una indulgencia somnolienta, es totalmente incapaz de escalar las alturas celestiales.

Aquel cuya conciencia despierta se ha vuelto viva a sus elevadas posibilidades, que está empezando a sacudir la oscuridad de la ignorancia en la que el mundo está envuelto, se levanta antes de que las estrellas hayan cesado su vigilia, y, luchando con la oscuridad dentro de su alma, se esfuerza, por la santa aspiración, para percibir la luz de la Verdad mientras el mundo no despierto sueña.

"Las alturas alcanzadas y mantenidas por los grandes hombres  
no fueron alcanzadas por una huida repentina,  
sino que ellos, mientras sus compañeros dormían,  
se esforzaban por subir en la noche".

Ningún santo, ningún hombre santo, ningún maestro de la Verdad vivió jamás que no se levantara temprano por la mañana. Jesús se levantaba habitualmente temprano, y subía a las montañas solitarias para participar en la santa comunión. Buda siempre se levantaba una hora antes del amanecer y se dedicaba a la meditación, y a todos sus discípulos se les ordenaba hacer lo mismo.

Si tienes que comenzar tus deberes diarios a una hora muy temprana, y por lo tanto no puedes dedicar la madrugada a la meditación sistemática, trata de dedicar una hora por la noche, y si esto, por la longitud y la laboriosidad de tu tarea diaria te es negado, no tienes que desesperar, porque puedes dirigir tus pensamientos hacia la santa meditación en los intervalos de tu trabajo, o en esos pocos minutos ociosos que ahora desperdicias en la falta de objetivo; y si tu trabajo es de esa clase que se convierte por la práctica en automático, puedes meditar mientras estás ocupado en él. Ese eminente

santo y filósofo cristiano, Jacob Boehme, realizó su vasto conocimiento de las cosas divinas mientras trabajaba largas horas como zapatero. En toda vida hay tiempo para pensar, y el más ocupado, el más laborioso, no está excluido de la aspiración y la meditación.

La meditación espiritual y la autodisciplina son inseparables; por lo tanto, comenzarás a meditar sobre ti mismo para tratar de comprenderte, pues, recuerda, el gran objetivo que tendrás a la vista será la eliminación completa de todos tus errores para que puedas realizar la Verdad. Comenzarás a cuestionar tus motivos, pensamientos y actos, comparándolos con tu ideal, y procurando mirarlos con un ojo tranquilo e imparcial. De esta manera, irás ganando continuamente más de ese equilibrio mental y espiritual sin el cual los hombres no son más que pajas indefensas en el océano de la vida. Si eres dado al odio o a la ira, meditarás sobre la gentileza y el perdón, de modo que te vuelvas agudamente consciente de tu conducta dura y tonta. Entonces comenzarás a morar en pensamientos de amor, de gentileza, de abundante perdón; y a medida que superes lo inferior por lo superior, gradualmente, silenciosamente, se introducirá en tu corazón un conocimiento de la divina Ley del Amor con una comprensión de su relación con todas las complejidades de la vida y la conducta. Y al aplicar este conocimiento a cada uno de tus pensamientos, palabras y actos, te volverás cada vez más gentil, más amoroso, más divino. Y así con cada error, cada deseo egoísta, cada debilidad humana; por el poder de la meditación es superado, y a medida que cada pecado, cada error es expulsado, una medida más completa y más clara de la Luz de la Verdad ilumina el alma peregrina.

Meditando así, te fortalecerás incesantemente contra tu único enemigo real, tu yo egoísta y perecedero, y te establecerás cada vez más firmemente en el yo divino e imperecedero que es inseparable de la Verdad. El resultado directo de tus meditaciones será una fuerza tranquila y espiritual que será tu estancia y lugar de descanso en la lucha de la vida. Es grande el poder de superación del pensamiento santo, y la fuerza y el conocimiento adquiridos en la hora de la meditación silenciosa enriquecerán el alma con un recuerdo salvador en la hora de la lucha, del dolor o de la tentación.

A medida que, por el poder de la meditación, crezcáis en sabiduría, renunciaréis cada vez más a vuestros deseos egoístas, que son volubles, impermanentes y productivos de tristeza y dolor; y tomaréis posición, con cre-



ciente firmeza y confianza, sobre principios inmutables, y realizaréis el descanso celestial.

El uso de la meditación es la adquisición de un conocimiento de los principios eternos, y el poder que resulta de la meditación es la capacidad de descansar en esos principios y confiar en ellos, y así llegar a ser uno con el Eterno. El fin de la meditación es, pues, el conocimiento directo de la Verdad, de Dios, y la realización de la paz divina y profunda.

Deja que tus meditaciones surjan del terreno ético que ahora ocupas. Recuerda que debes crecer en la Verdad mediante una perseverancia constante. Si eres un cristiano ortodoxo, medita sin cesar en la pureza inmaculada y la excelencia divina del carácter de Jesús, y aplica todos sus preceptos a tu vida interior y a tu conducta exterior, para aproximarte cada vez más a su perfección. No seas como esos religiosos que, negándose a meditar en la Ley de la Verdad y a poner en práctica los preceptos que les dio su Maestro, se contentan con el culto formal, con aferrarse a sus credos particulares y con continuar en la incesante ronda del pecado y del sufrimiento. Esfuéstrate por elevarte, mediante el poder de la meditación, por encima de todo aferramiento egoísta a dioses parciales o credos de partido; por encima de las formalidades muertas y la ignorancia sin vida. Caminando así por el elevado camino de la sabiduría, con la mente fija en la inmaculada Verdad, no conocerás ningún punto de parada que no sea la realización de la Verdad.

Aquel que medita seriamente, primero percibe una verdad, por así decirlo, de lejos, y luego la realiza mediante la práctica diaria. Sólo el hacedor de la Palabra de la Verdad puede conocer la doctrina de la Verdad, pues aunque por el pensamiento puro la Verdad es percibida, sólo se actualiza por la práctica.

El divino Gautama, el Buda, dijo: "Aquel que se entrega a la vanidad y no se entrega a la meditación, olvidando el verdadero objetivo de la vida y aferrándose al placer, con el tiempo envidiará al que se ha esforzado en la meditación", e instruyó a sus discípulos en las siguientes "Cinco Grandes Meditaciones":--

"La primera meditación es la meditación del amor, en la que ajustas tu corazón de tal manera que anhelas el bienestar de todos los seres, incluyendo la felicidad de tus enemigos.

"La segunda meditación es la meditación de la piedad, en la que piensas en todos los seres en peligro, representando vívidamente en tu imaginación sus penas y angustias para despertar en tu alma una profunda compasión por ellos.

"La tercera meditación es la meditación de la alegría, en la que piensas en la prosperidad de los demás y te regocijas con sus alegrías.

"La cuarta meditación es la meditación de la impureza, en la que consideras las malas consecuencias de la corrupción, los efectos del pecado y las enfermedades. Qué trivial es a menudo el placer del momento, y qué fatales sus consecuencias.

"La quinta meditación es la meditación de la serenidad, en la que te elevas por encima del amor y del odio, de la tiranía y de la opresión, de la riqueza y de la necesidad, y consideras tu propio destino con una calma imparcial y una tranquilidad perfecta".

Al realizar estas meditaciones, los discípulos de Buda llegaron al conocimiento de la Verdad. Pero si te dedicas a estas meditaciones en particular o no, poco importa mientras tu objeto sea la Verdad, mientras tengas hambre y sed de esa rectitud que es un corazón santo y una vida intachable. En tus meditaciones, por lo tanto, deja que tu corazón crezca y se expanda con un amor cada vez más amplio, hasta que, liberado de todo odio, pasión y condena, abrace todo el universo con una ternura reflexiva. Como la flor abre sus pétalos para recibir la luz de la mañana, así abre tu alma más y más a la gloriosa luz de la Verdad. Alza las alas de la aspiración, no tengas miedo y cree en las posibilidades más elevadas. Cree que es posible una vida de absoluta mansedumbre; cree que es posible una vida de pureza intachable; cree que es posible una vida de perfecta santidad; cree que es posible la realización de la más alta verdad. El que así cree, sube rápidamente a las colinas celestiales, mientras que los incrédulos siguen tanteando oscura y penosamente en los valles envueltos en la niebla.

Creando así, aspirando así, meditando así, serán divinamente dulces y bellas tus experiencias espirituales, y gloriosas las revelaciones que embelesarán tu visión interior. A medida que realices el Amor divino, la Justicia divina, la Pureza divina, la Ley Perfecta del Bien, o Dios, grande será tu dicha y profunda tu paz. Las cosas viejas pasarán, y todas las cosas se volverán nuevas. El velo del universo material, tan denso e impenetrable para el

ojo del error, tan fino y difuso para el ojo de la Verdad, será levantado y el universo espiritual será revelado. El tiempo cesará y sólo vivirás en la Eternidad. El cambio y la mortalidad ya no te causarán ansiedad y tristeza, porque te establecerás en lo inmutable, y habitarás en el corazón mismo de la inmortalidad.

### ESTRELLA DE LA SABIDURÍA

Estrella del nacimiento de Vishnu,  
Nacimiento de Krishna, Buda, Jesús,  
Contaron los sabios, mirando hacia el cielo,  
Esperando, vigilando tu resplandor  
En la oscuridad de la noche  
En la penumbra sin estrellas de la medianoche;  
Heraldo luminoso de la llegada  
Del reino de los justos;  
Contador de la historia mística  
Del humilde nacimiento de la Divinidad  
En el establo de las pasiones  
En el pesebre de la mente-alma;  
Cantor silencioso del secreto  
De la compasión profunda y santa  
Al corazón agobiado por el dolor,  
Al alma con la espera cansada:--  
Estrella de brillo insuperable,  
Vuelves a engalanar la medianoche;  
Tú de nuevo alegras a los sabios  
que velan en la oscuridad del credo,  
cansados de la interminable batalla

Con las cuchillas del error;  
Cansados de los ídolos inútiles y sin vida,  
De las formas muertas de las religiones;  
Cansados de velar por tu resplandor;  
Has puesto fin a su desesperación;  
Has iluminado su camino;  
Has traído de nuevo las viejas verdades  
A los corazones de todos tus Vigilantes  
A las almas de los que te aman  
Hablas de alegría y de gozo,  
de la paz que viene del dolor.  
Bienaventurados los que pueden verte,  
Los cansados vagabundos de la noche;  
Bienaventurados los que sienten el palpitar,  
En sus pechos sienten el latido  
De un profundo Amor agitado dentro de ellos  
Por el gran poder de tu brillo.  
Aprendamos de verdad tu lección;  
Apréndela fielmente y con humildad;  
Apréndela mansamente, sabiamente, con alegría,  
Antigua Estrella del santo Vishnu,  
Luz de Krishna, Buda, Jesús.

# LOS DOS MAESTROS, EL YO Y LA VERDAD

En el campo de batalla del alma humana, dos maestros se disputan siempre la corona de la supremacía, el reinado y el dominio del corazón: el maestro del yo, llamado también el "Príncipe de este mundo", y el maestro de la Verdad, llamado también el Padre Dios. El amo del yo es aquel rebelde cuyas armas son la pasión, el orgullo, la avaricia, la vanidad, la voluntad propia, los instrumentos de las tinieblas; el amo de la Verdad es aquel manso y humilde cuyas armas son la mansedumbre, la paciencia, la pureza, el sacrificio, la humildad, el amor, los instrumentos de la Luz.

En cada alma se libra la batalla, y como un soldado no puede comprometerse a la vez en dos ejércitos opuestos, así cada corazón se alista en las filas del yo o de la Verdad. No hay un camino a medias; "Existe el yo y existe la Verdad; donde está el yo, no está la Verdad, donde está la Verdad, no está el yo". Así habló Buda, el maestro de la Verdad, y Jesús, el Cristo manifestado, declaró que "Ningún hombre puede servir a dos amos; porque o bien odiará a uno y amará al otro; o bien se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón".

La verdad es tan simple, tan absolutamente inviolable e inflexible que no admite ninguna complejidad, ningún giro, ninguna calificación. El yo es ingenioso, torcido, y, gobernado por un deseo sutil y serpenteante, admite un sinnúmero de giros y calificaciones, y los ilusos adoradores del yo se imaginan vanamente que pueden gratificar todo deseo mundano, y al mismo tiempo poseer la Verdad. Pero los amantes de la Verdad adoran la Verdad con el sa-

crificio del yo, y se protegen incesantemente contra la mundanidad y el egoísmo.

¿Buscas conocer y realizar la Verdad? Entonces debes estar preparado para el sacrificio, para renunciar al máximo, porque la Verdad en toda su gloria sólo puede ser percibida y conocida cuando el último vestigio del yo ha desaparecido.

El Cristo eterno declaró que el que quiera ser su discípulo debe "negarse a sí mismo cada día". ¿Estás dispuesto a negarte a ti mismo, a renunciar a tus lujurias, a tus prejuicios, a tus opiniones? Si es así, puedes entrar en el estrecho camino de la Verdad, y encontrar esa paz de la que el mundo está excluido. La negación absoluta, la extinción total del yo es el estado perfecto de la Verdad, y todas las religiones y filosofías no son más que otras tantas ayudas para este logro supremo.

El yo es la negación de la Verdad. La Verdad es la negación del yo. Cuando dejes morir al yo, renacerás en la Verdad. Mientras te aferres al yo, la Verdad se te ocultará.

Mientras te aferres al yo, tu camino estará plagado de dificultades, y repetidos dolores, penas y decepciones serán tu suerte. No hay dificultades en la Verdad, y viniendo a la Verdad, serás liberado de toda pena y decepción.

La Verdad en sí misma no está oculta y oscura. Siempre se revela y es perfectamente transparente. Pero el yo ciego y descarriado no puede percibirla. La luz del día no está oculta excepto para los ciegos, y la Luz de la Verdad no está oculta excepto para aquellos que están cegados por el yo.

La Verdad es la única Realidad en el universo, la Armonía interior, la Justicia perfecta, el Amor eterno. Nada puede añadirse a ella, ni quitarse de ella. No depende de ningún hombre, pero todos los hombres dependen de ella. No puedes percibir la belleza de la Verdad mientras mires a través de los ojos del yo. Si eres vanidoso, colorearás todo con tus propias vanidades. Si eres lujurioso, tu corazón y tu mente estarán tan nublados con el humo y las llamas de la pasión, que todo aparecerá distorsionado a través de ellos. Si eres orgulloso y obstinado, no verás nada en todo el universo excepto la magnitud e importancia de tus propias opiniones.

Hay una cualidad que distingue preeminentemente al hombre de la Verdad del hombre del yo, y es la humildad. Estar no sólo libre de la vanidad,

la terquedad y el egoísmo, sino considerar las propias opiniones como sin valor, esto es en verdad la verdadera humildad.

El que está inmerso en el yo considera sus propias opiniones como la Verdad, y las opiniones de otros hombres como un error. Pero aquel humilde amante de la Verdad que ha aprendido a distinguir entre la opinión y la Verdad, mira a todos los hombres con el ojo de la caridad, y no busca defender sus opiniones contra las de ellos, sino que sacrifica esas opiniones para poder amar más, para poder manifestar el espíritu de la Verdad, pues la Verdad en su propia naturaleza es inefable y sólo puede ser vivida. Quien tiene más caridad tiene más Verdad.

Los hombres se enzarzan en acaloradas controversias, y se imaginan tontamente que están defendiendo la Verdad, cuando en realidad no hacen más que defender sus propios intereses mezquinos y sus opiniones percederas. El seguidor del yo se levanta en armas contra los demás. El seguidor de la Verdad se levanta en armas contra sí mismo. La Verdad, al ser inmutable y eterna, es independiente de tu opinión y de la mía. Podemos entrar en ella, o quedarnos fuera; pero tanto nuestra defensa como nuestro ataque son superfluos, y se arrojan de nuevo sobre nosotros mismos.

Los hombres, esclavizados por el yo, apasionados, orgullosos y condenatorios, creen que su credo o religión particular es la Verdad, y que todas las demás religiones son un error; y hacen proselitismo con ardor apasionado. No hay más que una religión, la religión de la Verdad. No hay más que un error, el error del yo. La Verdad no es una creencia formal; es un corazón desinteresado, santo y aspirante, y quien tiene la Verdad está en paz con todos, y aprecia a todos con pensamientos de amor.

Puedes saber fácilmente si eres un hijo de la Verdad o un adorador del yo, si examinas en silencio tu mente, tu corazón y tu conducta. ¿Te alojas en pensamientos de sospecha, enemistad, envidia, lujuria, orgullo, o luchas enérgicamente contra ellos? Si es lo primero, estás encadenado al yo, sin importar la religión que profeses; si es lo segundo, eres un candidato a la Verdad, aunque exteriormente no profeses ninguna religión. ¿Eres apasionado, obstinado, buscas siempre obtener tus propios fines, eres indulgente y centrado en ti mismo, o eres gentil, suave, desinteresado, dejas toda forma de indulgencia propia y estás siempre dispuesto a renunciar a la tuya? Si es lo primero, el yo es tu amo; si es lo segundo, la Verdad es el objeto de tu

afecto. ¿Te esfuerzas por conseguir riquezas? ¿Luchas, con pasión, por tu partido? ¿Deseas el poder y el liderazgo? ¿Eres dado a la ostentación y al autoelogio? ¿O has renunciado al amor por las riquezas? ¿Has renunciado a toda lucha? ¿Te conformas con ocupar el lugar más bajo y pasar desapercibido? ¿Y has dejado de hablar de ti mismo y de considerarte con orgullo autocomplaciente? Si es lo primero, aunque imagines que adoras a Dios, el dios de tu corazón es el yo. Si es lo segundo, aunque retengas la adoración de tus labios, estás habitando con el Altísimo.

Los signos por los que se conoce al amante de la Verdad son inconfundibles. Oiga al Santo Krishna declararlos, en la hermosa interpretación de Sir Edwin Arnold del "Bhagavad Gita":--

"La intrepidez, la soledad del alma, la voluntad  
Siempre esforzarse por la sabiduría; mano abierta  
Y apetitos gobernados; y piedad  
Y amor al estudio solitario; humildad,  
la rectitud, el cuidado de no dañar nada de lo que vive  
La veracidad, la lentitud de la ira, una mente  
que deje pasar con ligereza lo que otros aprecian;  
Y ecuanimidad, y caridad  
que no ve las faltas de nadie, y la ternura  
Hacia todos los que sufren; un corazón contento,  
sin deseos, con un comportamiento suave,  
modesto y grave, con la hombría noblemente mezclada,  
con paciencia, fortaleza y pureza;  
Un espíritu no vengativo, nunca dado  
A valorarse demasiado, tales son los signos,  
¡oh príncipe indio! de aquel cuyos pies están puestos  
En ese camino justo que lleva al nacimiento celestial".



Cuando los hombres, perdidos en los tortuosos caminos del error y del yo, han olvidado el "nacimiento celestial", el estado de santidad y de Verdad, establecen estándares artificiales por los cuales juzgar a los demás, y hacen de la aceptación y la adhesión a su propia teología particular, la prueba de la Verdad; y así los hombres se dividen unos contra otros, y hay una incesante enemistad y lucha, e interminables penas y sufrimientos.

Lector, ¿buscas realizar el nacimiento a la Verdad? Sólo hay un camino: Deja que el yo muera. Todas esas lujurias, apetitos, deseos, opiniones, concepciones limitadas y prejuicios a los que hasta ahora te has aferrado tan tenazmente, deja que caigan de ti. No permitas que te mantengan más en la esclavitud, y la Verdad será tuya. Deja de considerar tu propia religión como superior a todas las demás, y esfuérate humildemente por aprender la suprema lección de la caridad. No te aferres más a la idea, tan productiva de luchas y penas, de que el Salvador al que adoras es el único Salvador, y que el Salvador al que tu hermano adora con igual sinceridad y ardor, es un impostor; sino busca diligentemente el camino de la santidad, y entonces te darás cuenta de que todo hombre santo es un salvador de la humanidad.

La renuncia al yo no es simplemente la renuncia a las cosas externas. Consiste en la renuncia al pecado interior, al error interior. La verdad no se encuentra renunciando a las vestimentas vanas; no renunciando a las riquezas; no absteniéndose de ciertos alimentos; no hablando palabras suaves; no haciendo simplemente estas cosas; sino renunciando al espíritu de vanidad; renunciando al deseo de riquezas; absteniéndose de la lujuria de la auto-complacencia; renunciando a todo odio, contienda, condenación y búsqueda de sí mismo, y volviéndose gentil y puro de corazón; haciendo estas cosas se encuentra la verdad. Hacer lo primero y no hacer lo segundo es fariseísmo e hipocresía, mientras que lo segundo incluye lo primero. Puedes renunciar al mundo exterior, y aislarte en una cueva o en las profundidades de un bosque, pero te llevarás todo tu egoísmo contigo, y a menos que renuncies a eso, grande será en verdad tu desdicha y profundo tu engaño. Puedes permanecer justo donde estás, cumpliendo todos tus deberes, y sin embargo renunciar al mundo, el enemigo interior. Estar en el mundo y, sin embargo, no ser del mundo es la más alta perfección, la más bendita paz, es alcanzar la más grande victoria. La renuncia al yo es, pues, el camino de la Verdad,

"Entra en el Camino; no hay pena como el odio,

No hay dolor como la pasión, ni engaño como el sentido;  
Entra en el Camino; lejos ha llegado aquel cuyo pie  
Pisa una ofensa cariñosa".

A medida que logras superar el yo, comenzarás a ver las cosas en sus relaciones correctas. El que se deja llevar por cualquier pasión, prejuicio, gusto o disgusto, ajusta todo a ese sesgo particular, y sólo ve sus propios engaños. El que está absolutamente libre de toda pasión, prejuicio, preferencia y parcialidad, se ve a sí mismo como es; ve a los demás como son; ve todas las cosas en sus proporciones adecuadas y en sus relaciones correctas. Al no tener nada que atacar, nada que defender, nada que ocultar y ningún interés que proteger, está en paz. Ha realizado la profunda simplicidad de la Verdad, porque este estado imparcial, tranquilo y bendito de la mente y el corazón es el estado de la Verdad. Aquel que lo alcanza, mora con los ángeles y se sienta al pie del Supremo. Conociendo la Gran Ley; conociendo el origen del dolor; conociendo el secreto del sufrimiento; conociendo el camino de la emancipación en la Verdad, ¿cómo puede tal persona involucrarse en la lucha o la condena? pues aunque sabe que el mundo ciego y egoísta, rodeado de las nubes de sus propias ilusiones, y envuelto en la oscuridad del error y del yo, no puede percibir la firme Luz de la Verdad, y es totalmente incapaz de comprender la profunda simplicidad del corazón que ha muerto, Sin embargo, también sabe que cuando las épocas de sufrimiento hayan amontonado montañas de dolor, el alma aplastada y agobiada del mundo volará a su refugio final, y que cuando las épocas se completen, todo pródigo volverá al redil de la Verdad. Y así, él habita en la buena voluntad hacia todos, y mira a todos con esa tierna compasión que un padre otorga a sus hijos descarriados.

Los hombres no pueden comprender la Verdad porque se aferran al yo, porque creen en el yo y lo aman, porque creen que el yo es la única realidad, cuando es el único engaño.

Cuando dejen de creer y amar el yo, lo abandonarán y volarán hacia la Verdad, y encontrarán la Realidad eterna.

Cuando los hombres se embriagan con los vinos del lujo, del placer y de la vanidad, la sed de vida crece y se profundiza en ellos, y se engañan a sí mismos con sueños de inmortalidad carnal, pero cuando llegan a recoger la

cosecha de su propia siembra, y sobrevienen el dolor y la pena, entonces, aplastados y humillados, renunciando al yo y a todas las intoxicaciones del yo, llegan, con el corazón dolorido a la única inmortalidad, la inmortalidad que destruye todos los engaños, la inmortalidad espiritual en la Verdad.

Los hombres pasan del mal al bien, del yo a la Verdad, a través de la oscura puerta del dolor, pues el dolor y el yo son inseparables. Sólo en la paz y la dicha de la Verdad se vence todo el dolor. Si sufres una decepción porque tus planes acariciados se han frustrado, o porque alguien no ha estado a la altura de tus expectativas, es porque te estás aferrando al yo. Si sufres remordimientos por tu conducta, es porque has cedido al yo. Si te sientes abrumado por el disgusto y el arrepentimiento debido a la actitud de otra persona hacia ti, es porque has estado acariciando el yo. Si te sientes herido por lo que te han hecho o han dicho de ti, es porque estás caminando por el doloroso camino del yo. Todo sufrimiento es del yo. Todo sufrimiento termina en la Verdad. Cuando hayas entrado en la Verdad y la hayas realizado, ya no sufrirás decepciones, remordimientos y arrepentimientos, y el dolor huirá de ti.

"El yo es la única prisión que puede atar al alma;

La Verdad es el único ángel que puede ordenar que se abran las puertas;

Y cuando venga a llamarte, levántate y síguelo rápido;

Su camino puede ser a través de las tinieblas, pero al final conduce a la luz".

El dolor del mundo es de su propia cosecha. El dolor purifica y profundiza el alma, y la extremidad del dolor es el preludio de la Verdad.

¿Has sufrido mucho? ¿Te has afligido profundamente? ¿Has reflexionado seriamente sobre el problema de la vida? Si es así, estás preparado para hacer la guerra contra el yo y convertirte en discípulo de la Verdad.

Los intelectuales que no ven la necesidad de renunciar al yo, elaboran interminables teorías sobre el universo, y las llaman Verdad; pero sigue esa línea directa de conducta que es la práctica de la rectitud, y te darás cuenta de la Verdad que no tiene lugar en la teoría, y que nunca cambia. Cultiva tu corazón. Riégalo continuamente con amor desinteresado y piedad profunda, y esfuérzate por apartar de él todos los pensamientos y sentimientos que no estén de acuerdo con el Amor. Devuelve el bien por el mal, el amor por el

odio, la dulzura por el maltrato, y guarda silencio cuando te ataquen. Así transmutarás todos tus deseos egoístas en el oro puro del Amor, y el yo desaparecerá en la Verdad. Así caminarás irreprochablemente entre los hombres, uncido con el fácil yugo de la humildad, y vestido con la divina prenda de la humildad.

Oh, ven, hermano cansado, tu lucha y tu esfuerzo  
termina en el corazón del Maestro de la verdad;  
A través del triste desierto del yo, ¿por qué te conduces?  
sediento de las aguas vivificantes de la Verdad  
Cuando aquí, por el camino de tu búsqueda y pecado  
fluye el alegre arroyo de la Vida, yace el verde oasis del Amor?  
Ven, vuélvete y descansa; conoce el fin y el principio,  
El buscado y el buscador, el vidente y el visto.  
Tu Maestro no se sienta en las montañas inaccesibles,  
ni mora en el espejismo que flota en el aire,  
Ni descubrirás sus fuentes mágicas  
En los senderos de arena que rodean la desesperación.  
En el oscuro desierto del yo deja de buscar cansadamente  
las huellas olorosas de los pies de tu Rey;  
Y si quieres oír el dulce sonido de Su palabra,  
hazte sordo a todas las voces que cantan vacías.  
Huye de los lugares que se desvanecen; renuncia a todo lo que tienes;  
Deja todo lo que amas, y, desnudo y desnuda,  
Acércate al santuario de la casta más íntima;  
Lo más alto, lo más sagrado, lo inmutable está allí.  
Dentro, en el corazón del Silencio Él habita;  
Deja la pena y el pecado, deja tu vagabundeo doloroso;

Ven a bañarte en Su alegría, mientras Él, susurrando, te dice

Tu alma lo que busca, y no vagues más.

Entonces cesa, hermano cansado, tu lucha y tu esfuerzo;

Encuentra la paz en el corazón del Maestro de la verdad.

Por el oscuro desierto del yo, deja de conducirte fatigosamente;

Ven; bebe en las hermosas aguas de la Verdad.

# LA ADQUISICIÓN DEL PODER ESPIRITUAL

El mundo está lleno de hombres y mujeres que buscan el placer, la excitación, la novedad; que buscan siempre ser movidos a la risa o a las lágrimas; que no buscan la fuerza, la estabilidad y el poder, sino que cortejan la debilidad, y se dedican ansiosamente a dispersar el poder que tienen.

Los hombres y mujeres con verdadero poder e influencia son pocos, porque son pocos los que están dispuestos a hacer el sacrificio necesario para adquirir el poder, y menos aún los que están dispuestos a construir pacientemente el carácter.

Dejarse llevar por sus pensamientos e impulsos fluctuantes es ser débil e impotente; controlar y dirigir correctamente esas fuerzas es ser fuerte y poderoso. Los hombres de fuertes pasiones animales tienen mucho de la ferocidad de la bestia, pero esto no es poder. Los elementos del poder están ahí; pero sólo cuando esta ferocidad es domada y sometida por la inteligencia superior, comienza el verdadero poder; y los hombres sólo pueden crecer en poder despertándose a estados de inteligencia y conciencia cada vez más elevados.

La diferencia entre un hombre débil y uno poderoso no radica en la fuerza de la voluntad personal (pues el hombre obstinado suele ser débil y necio), sino en ese foco de conciencia que representa sus estados de conocimiento.

Los buscadores de placer, los amantes de la excitación, los cazadores de novedades y las víctimas del impulso y la emoción histérica carecen de ese conocimiento de los principios que da equilibrio, estabilidad e influencia.

Un hombre comienza a desarrollar su poder cuando, frenando sus impulsos e inclinaciones egoístas, se apoya en la conciencia más elevada y tranquila que hay en él, y comienza a estabilizarse en un principio. La realización de principios inmutables en la conciencia es a la vez la fuente y el secreto del poder más elevado.

Cuando, después de mucha búsqueda, sufrimiento y sacrificio, la luz de un principio eterno amanece en el alma, se produce una calma divina y una alegría indecible que alegra el corazón.

El que ha realizado tal principio deja de vagar, y se mantiene firme y dueño de sí mismo. Deja de ser "esclavo de la pasión" y se convierte en un maestro de obras en el Templo del Destino.

El hombre que se rige por el yo, y no por un principio, cambia de frente cuando sus comodidades egoístas se ven amenazadas. Profundamente decidido a defender y proteger sus propios intereses, considera lícitos todos los medios que sirvan para ese fin. Está continuamente maquinando cómo puede protegerse de sus enemigos, siendo demasiado egocéntrico para percibir que él mismo es su propio enemigo. El trabajo de un hombre así se desmorona, porque está divorciado de la Verdad y del poder. Todo esfuerzo que se basa en el yo, perece; sólo perdura el trabajo que se construye sobre un principio indestructible.

El hombre que se apoya en un principio es el mismo hombre tranquilo, intrépido y dueño de sí mismo en todas las circunstancias. Cuando llega la hora de la prueba y tiene que decidir entre sus comodidades personales y la Verdad, renuncia a sus comodidades y se mantiene firme. Ni siquiera la perspectiva de la tortura y la muerte puede alterarlo o disuadirlo. El hombre del yo considera que la pérdida de su riqueza, sus comodidades o su vida son las mayores calamidades que le pueden ocurrir. El hombre de principios considera que estos incidentes son comparativamente insignificantes, y que no deben compararse con la pérdida del carácter, la pérdida de la Verdad. Abandonar la Verdad es, para él, el único suceso que puede llamarse realmente una calamidad.

Es la hora de la crisis que decide quiénes son los secuaces de las tinieblas y quiénes los hijos de la Luz. Es la época de la amenaza del desastre, la ruina y la persecución que divide a las ovejas de las cabras, y revela a la mirada reverencial de las épocas sucesivas a los hombres y mujeres del poder.

Es fácil para un hombre, mientras se le deje disfrutar de sus posesiones, persuadirse de que cree y se adhiere a los principios de la Paz, la Hermandad y el Amor Universal; pero si, cuando sus disfrutes están amenazados, o se imagina que están amenazados, empieza a clamar a gritos por la guerra, demuestra que cree y se apoya, no en la Paz, la Hermandad y el Amor, sino en la lucha, el egoísmo y el odio.

Aquel que no abandona sus principios cuando se ve amenazado con la pérdida de todas las cosas terrenales, incluso con la pérdida de la reputación y de la vida, es el hombre del poder; es el hombre cuya palabra y obra perduran; es el hombre al que el otro mundo honra, reverencia y adora. En lugar de abandonar el principio del Amor Divino en el que se apoyaba y en el que estaba depositada toda su confianza, Jesús soportó la máxima agonía y privación; y hoy el mundo se postra a sus pies traspasados en adoración arrobada.

No hay camino para la adquisición de poder espiritual, excepto por esa iluminación interior que es la realización de los principios espirituales; y esos principios sólo pueden realizarse mediante la práctica y la aplicación constantes.

Tomad el principio del Amor divino y medita en él, tranquila y diligentemente, con el objeto de llegar a una profunda comprensión del mismo. Lleva su luz escudriñadora a todos tus hábitos, tus acciones, tu discurso y trato con los demás, cada uno de tus pensamientos y deseos secretos. A medida que perseveres en este curso, el Amor divino se te revelará más y más perfectamente, y tus propias deficiencias resaltarán en un contraste cada vez más vívido, estimulándote a un esfuerzo renovado; y una vez que hayas vislumbrado la incomparable majestuosidad de ese principio imperecedero, nunca más descansarás en tu debilidad, tu egoísmo, tu imperfección, sino que perseguirás ese Amor hasta que hayas renunciado a todo elemento discordante, y te hayas puesto en perfecta armonía con él. Y ese estado de armonía interior es el poder espiritual. Toma también otros principios espirituales, como la Pureza y la Compasión, y aplícalos de la misma manera, y, tan exigente es la Verdad, no podrás hacer ninguna estancia, ningún lugar de descanso hasta que el vestido más íntimo de tu alma esté despojado de toda mancha, y tu corazón se haya vuelto incapaz de cualquier impulso duro, condenatorio y despiadado.



Sólo en la medida en que comprendas, realices y te apoyes en estos principios, adquirirás poder espiritual, y ese poder se manifestará en ti y a través de ti en forma de creciente desapasionamiento, paciencia y ecuanimidad.

El desapasionamiento argumenta un autocontrol superior; la paciencia sublime es el sello mismo del conocimiento divino, y conservar una calma ininterrumpida en medio de todos los deberes y distracciones de la vida, marca al hombre de poder. "Es fácil en el mundo vivir según la opinión del mundo; es fácil en la soledad vivir según la nuestra; pero el gran hombre es aquel que en medio de la multitud conserva con perfecta dulzura la independencia de la soledad."

Algunos místicos sostienen que la perfección en el desapasionamiento es la fuente de ese poder por el que se realizan los (así llamados) milagros, y en verdad quien ha logrado un control tan perfecto de todas sus fuerzas interiores que ninguna conmoción, por grande que sea, puede por un momento desequilibrarlo, debe ser capaz de guiar y dirigir esas fuerzas con mano maestra.

Crecer en autocontrol, en paciencia, en ecuanimidad, es crecer en fuerza y poder; y sólo se puede crecer así centrando la conciencia en un principio. Como un niño, después de hacer muchos y vigorosos intentos de caminar sin ayuda, al final consigue, después de numerosas caídas, lograrlo, así debes entrar en el camino del poder intentando primero mantenerte solo. Rompe con la tiranía de la costumbre, de la tradición, del convencionalismo y de las opiniones de los demás, hasta que consigas caminar solo y erguido entre los hombres. Confía en tu propio juicio; sé fiel a tu propia conciencia; sigue la Luz que está dentro de ti; todas las luces externas son tantas voluntades. Habrá quienes te digan que eres tonto, que tu juicio es defectuoso, que tu conciencia está mal, y que la luz que hay en ti es oscuridad; pero no les hagas caso. Si lo que dicen es cierto, cuanto antes lo descubras, como buscador de la sabiduría, mejor, y sólo puedes hacer el descubrimiento poniendo a prueba tus poderes. Por lo tanto, sigue tu camino con valentía. Tu conciencia es al menos tuya, y seguirla es ser un hombre; seguir la conciencia de otro es ser un esclavo. Tendrás muchas caídas, sufrirás muchas heridas, soportarás muchos golpes durante un tiempo, pero sigue adelante con fe, creyendo que te espera una victoria segura y certera. Busca una roca, un principio, y habiéndolo encontrado aférrate a él; ponlo bajo tus pies y man-

tente erguido sobre él, hasta que por fin, inamoviblemente fijado en él, consigas desafiar la furia de las olas y las tormentas del egoísmo.

Porque el egoísmo en todas sus formas es disipación, debilidad, muerte; el desinterés en su aspecto espiritual es conservación, poder, vida. A medida que crezcas en la vida espiritual y te establezcas en los principios, llegarás a ser tan bello e inmutable como esos principios, probarás la dulzura de su esencia inmortal y te darás cuenta de la naturaleza eterna e indestructible del Dios interior.

Ningún eje dañino puede alcanzar al hombre justo,  
erguido en medio de las tormentas del odio,  
Desafiando el daño, la injuria y la prohibición,  
Rodeado por los temblorosos esclavos del Destino.  
Majestuoso en la fuerza del poder silencioso,  
Serenos se mantiene, sin cambiar ni girar;  
Paciente y firme en la hora más oscura del sufrimiento,  
El tiempo se inclina hacia él, y rechaza la muerte y la perdición.  
Los relámpagos de la ira juegan a su alrededor,  
y los profundos truenos del infierno ruedan sobre su cabeza;  
Sin embargo, él no presta atención, porque no pueden matarlo  
que está de pie donde la tierra y el tiempo y el espacio huyen.  
Protegido por el amor inmortal, ¿qué miedo tiene?  
Acorazado en la verdad inmutable, ¿qué puede saber  
De la pérdida y la ganancia? Conociendo la eternidad,  
No se mueve mientras las sombras van y vienen.  
Llámalo inmortal, llámalo Verdad y Luz  
Y esplendor de majestad profética  
Que así se presenta en medio de los poderes de la noche,  
Revestido con la gloria de la divinidad.



# LA REALIZACIÓN DEL AMOR

## DESINTERESADO

Se dice que Miguel Ángel vio en cada bloque de piedra en bruto una cosa de belleza que esperaba que la mano maestra la hiciera realidad. De la misma manera, dentro de cada uno reposa la Imagen Divina esperando que la mano maestra de la Fe y el cincel de la Paciencia la traigan a la manifestación. Y esa Imagen Divina se revela y se realiza como Amor inoxidable y desinteresado.

Oculto en lo más profundo de cada corazón humano, aunque a menudo cubierto por una masa de adherencias duras y casi impenetrables, está el espíritu del Amor Divino, cuya esencia santa y sin mancha es imperecedera y eterna. Es la Verdad en el hombre; es lo que pertenece al Supremo: lo que es real e inmortal. Todo lo demás cambia y pasa; sólo esto es permanente e imperecedero; y realizar este Amor mediante la diligencia incesante en la práctica de la más alta rectitud, vivir en él y llegar a ser plenamente consciente en él, es entrar en la inmortalidad aquí y ahora, es llegar a ser uno con la Verdad, uno con Dios, uno con el Corazón central de todas las cosas, y conocer nuestra propia naturaleza divina y eterna.

Para alcanzar este Amor, para comprenderlo y experimentarlo, uno debe trabajar con gran persistencia y diligencia sobre su corazón y su mente, debe renovar siempre su paciencia y mantener fuerte su fe, pues habrá mucho que remover, mucho que realizar antes de que la Imagen Divina se revele en toda su gloriosa belleza.

Aquel que se esfuerza por alcanzar y realizar lo divino será probado hasta el extremo; y esto es absolutamente necesario, pues ¿de qué otra manera se podría adquirir esa sublime paciencia sin la cual no hay verdadera sabiduría, ni divinidad? De vez en cuando, a medida que avanza, todo su trabajo parecerá inútil, y sus esfuerzos parecerán desechados. De vez en cuando un toque apresurado estropeará su imagen, y tal vez cuando imagine que su obra está casi terminada, encontrará lo que imaginaba como la hermosa forma del Amor Divino totalmente destruida, y deberá comenzar de nuevo con su amarga experiencia pasada para guiarlo y ayudarlo. Pero el que se ha propuesto decididamente realizar lo Más Alto no reconoce tal cosa como la derrota. Todos los fracasos son aparentes, no reales. Cada resbalón, cada caída, cada retorno al egoísmo es una lección aprendida, una experiencia adquirida, de la que se extrae un grano de oro de sabiduría, que ayuda al esforzado hacia la realización de su elevado objeto. Reconocer

"Que de nuestros vicios podemos construir

Una escalera, si queremos pisar

debajo de nuestros pies cada acto de vergüenza,"

es entrar en el camino que conduce inequívocamente hacia lo divino, y los defectos de quien así lo reconoce son otros tantos yoes muertos, sobre los que se eleva, como sobre peldaños, hacia cosas más altas.

Una vez que consideres tus defectos, tus penas y sufrimientos como otras tantas voces que te dicen claramente dónde eres débil y defectuoso, dónde caes por debajo de lo verdadero y lo divino, empezarás entonces a vigilarte incesantemente, y cada desliz, cada punzada de dolor te mostrará dónde debes ponerte a trabajar, y qué tienes que eliminar de tu corazón para acercarlo a la semejanza de lo Divino, más cerca del Amor Perfecto. Y a medida que avanzas, día a día desprendiéndote más y más del egoísmo interior el Amor que es desinteresado se te irá revelando. Y cuando crezcas en paciencia y calma, cuando tus petulancias, temperamentos e irritabilidades se alejen de ti, y las lujurias y prejuicios más poderosos dejen de dominarte y esclavizarte, entonces sabrás que lo divino está despertando en ti, que te estás acercando al Corazón eterno, que no estás lejos de ese Amor desinteresado, cuya posesión es la paz y la inmortalidad.

El amor divino se distingue de los amores humanos en este particular supremamente importante, está libre de parcialidad. Los amores humanos se aferran a un objeto particular con exclusión de todo lo demás, y cuando ese objeto es removido, grande y profundo es el sufrimiento resultante para el que ama. El amor divino abarca todo el universo y, sin aferrarse a ninguna parte, contiene en sí mismo el todo, y quien llega a él purificando y ampliando gradualmente sus amores humanos hasta que todos los elementos egoístas e impuros son quemados en ellos, deja de sufrir. Es porque los amores humanos son estrechos y limitados y están mezclados con el egoísmo que causan sufrimiento. Ningún sufrimiento puede resultar de aquel Amor que es tan absolutamente puro que no busca nada para sí mismo. Sin embargo, los amores humanos son absolutamente necesarios como pasos hacia lo Divino, y ningún alma está preparada para participar del Amor Divino hasta que se haya hecho capaz del más profundo e intenso amor humano. Sólo pasando por los amores humanos y los sufrimientos humanos se alcanza y se realiza el Amor Divino.

Todos los amores humanos son perecederos como las formas a las que se aferran; pero hay un Amor que es imperecedero y que no se aferra a las apariencias.

Todos los amores humanos son contrarrestados por los odios humanos; pero hay un Amor que no admite oposición ni reacción; divino y libre de toda mancha del yo, que derrama su fragancia sobre todos por igual.

Los amores humanos son reflejos del Amor Divino, y acercan al alma a la realidad, al Amor que no conoce ni el dolor ni el cambio.

Está bien que la madre, aferrada con apasionada ternura a la pequeña e indefensa forma de carne que yace en su seno, se ve abrumada por las oscuras aguas del dolor cuando la ve depositada en la fría tierra. Es bueno que sus lágrimas fluyan y su corazón se duela, porque sólo así puede recordar la naturaleza evanescente de las alegrías y los objetos de los sentidos, y acercarse a la Realidad eterna e imperecedera.

Es bueno que el amante, el hermano, la hermana, el esposo y la esposa sufran una profunda angustia y se vean envueltos en la oscuridad cuando el objeto visible de sus afectos les es arrancado, para que aprendan a dirigir sus afectos hacia la Fuente invisible de todo, donde sólo se encuentra la satisfacción permanente.

Es bueno que los orgullosos, los ambiciosos, los egoístas, sufran la derrota, la humillación y la desgracia; que pasen por el fuego abrasador de la aflicción; porque sólo así el alma descarriada puede ser llevada a reflexionar sobre el enigma de la vida; sólo así el corazón puede ser ablandado y purificado, y preparado para recibir la Verdad.

Cuando el aguijón de la angustia penetra en el corazón del amor humano; cuando la penumbra y la soledad y el abandono nublan el alma de la amistad y la confianza, entonces es cuando el corazón se vuelve hacia el amor protector del Eterno, y encuentra descanso en su paz silenciosa. Y quien se acerca a este Amor no es rechazado sin consuelo, no es traspasado por la angustia ni rodeado por la penumbra; y nunca es abandonado en la hora oscura de la prueba.

La gloria del Amor Divino sólo puede revelarse en el corazón castigado por el dolor, y la imagen del estado celestial sólo puede percibirse y realizarse cuando se desprenden las acumulaciones sin vida y sin forma de la ignorancia y del yo.

Sólo el Amor que no busca gratificación o recompensa personal, que no hace distinciones, y que no deja tras de sí ningún dolor, puede ser llamado divino.

Los hombres, aferrados al yo y a las sombras incómodas del mal, tienen la costumbre de pensar en el Amor divino como algo que pertenece a un Dios que está fuera de su alcance; como algo que está fuera de ellos, y que debe permanecer siempre fuera. En verdad, el Amor de Dios está siempre fuera del alcance del yo, pero cuando el corazón y la mente se vacían del yo, entonces el Amor desinteresado, el Amor supremo, el Amor que es de Dios o del Bien se convierte en una realidad interior y permanente.

Y esta realización interior del Amor santo no es otra que el Amor de Cristo del que tanto se habla y tan poco se comprende. El Amor que no sólo salva al alma del pecado, sino que la eleva también por encima del poder de la tentación.

Pero, ¿cómo se puede llegar a esta sublime realización? La respuesta que la Verdad siempre ha dado y dará a esta pregunta es: "Vacíate y yo te llenaré". El Amor Divino no puede ser conocido hasta que el yo esté muerto, porque el yo es la negación del Amor, y ¿cómo puede ser negado lo que es

conocido? No hasta que la piedra del yo sea removida del sepulcro del alma, el Cristo inmortal, el puro Espíritu de Amor, hasta ahora crucificado, muerto y enterrado, se desprende de las ataduras de la ignorancia, y sale en toda la majestuosidad de su resurrección.

Tú crees que el Cristo de Nazaret fue muerto y resucitó. No digo que te equivoques en esa creencia; pero si te niegas a creer que el gentil espíritu del Amor es crucificado diariamente sobre la oscura cruz de tus deseos egoístas, entonces, digo, te equivocas en esta incredulidad, y no has percibido todavía, ni siquiera de lejos, el Amor de Cristo.

Dices que has probado la salvación en el Amor de Cristo. ¿Estás salvado de tu temperamento, de tu irritabilidad, de tu vanidad, de tus disgustos personales, de tu juicio y condena de los demás? Si no es así, ¿de qué te has salvado, y en qué has realizado el Amor transformador de Cristo?

El que ha realizado el Amor divino se ha convertido en un hombre nuevo, y ha dejado de ser influido y dominado por los viejos elementos del yo. Es conocido por su paciencia, su pureza, su autocontrol, su profunda caridad de corazón y su inalterable dulzura.

El Amor divino o desinteresado no es un mero sentimiento o emoción; es un estado de conocimiento que destruye el dominio del mal y la creencia en el mal, y eleva el alma a la gozosa realización del Bien supremo. Para el sabio divino, el conocimiento y el Amor son uno e inseparable.

Es hacia la completa realización de este Amor divino que el mundo entero se mueve; fue para este propósito que el universo vino a la existencia, y cada aferramiento a la felicidad, cada alcance del alma hacia los objetos, ideas e ideales, es un esfuerzo para realizarlo. Pero el mundo no realiza este Amor en la actualidad porque se aferra a la sombra fugaz e ignora, en su ceguera, la sustancia. Y así el sufrimiento y el dolor continúan, y deben continuar hasta que el mundo, enseñado por sus dolores autoinfligidos, descubra el Amor que es desinteresado, la sabiduría que es tranquila y llena de paz.

Y este Amor, esta Sabiduría, esta Paz, este estado tranquilo de la mente y el corazón pueden ser alcanzados, pueden ser realizados por todos los que están dispuestos y preparados para renunciar al yo, y que están preparados para entrar humildemente en la comprensión de todo lo que implica la re-



nuncia al yo. No hay ningún poder arbitrario en el universo, y las cadenas más fuertes del destino por las que los hombres están atados son forjadas por ellos mismos. Los hombres están encadenados a lo que les causa sufrimiento porque así lo desean, porque aman sus cadenas, porque piensan que su pequeña y oscura prisión del yo es dulce y hermosa, y temen que si abandonan esa prisión perderán todo lo que es real y vale la pena tener.

"Vosotros sufrís por vosotros mismos, nadie más os obliga,

Ningún otro os sostiene para que viváis y muráis".

Y el poder interno que forjó las cadenas y construyó alrededor de sí mismo la prisión oscura y estrecha, puede romper cuando desea y quiere hacerlo, y el alma quiere hacerlo cuando ha descubierto la inutilidad de su prisión, cuando el largo sufrimiento la ha preparado para la recepción de la Luz y el Amor ilimitados.

Como la sombra sigue a la forma, y como el humo viene después del fuego, así el efecto sigue a la causa, y el sufrimiento y la dicha siguen a los pensamientos y a las acciones de los hombres. No hay ningún efecto en el mundo que nos rodea que no tenga su causa oculta o revelada, y esa causa está de acuerdo con la justicia absoluta. Los hombres recogen una cosecha de sufrimiento porque en el pasado cercano o lejano han sembrado las semillas del mal; también recogen una cosecha de dicha como resultado de su propia siembra de las semillas del bien. Que un hombre medite sobre esto, que se esfuerce por comprenderlo, y entonces empezará a sembrar sólo semillas del bien, y quemará la cizaña y la mala hierba que antes ha cultivado en el jardín de su corazón.

El mundo no comprende el Amor desinteresado, porque está absorto en la búsqueda de sus propios placeres, y encorsetado en los estrechos límites de los intereses perecederos, confundiendo, en su ignorancia, esos placeres e intereses con cosas reales y permanentes. Atrapado en las llamas de los deseos carnales, y ardiendo de angustia, no ve la belleza pura y pacífica de la Verdad. Al alimentarse de las cáscaras de error y autoengaño, está excluido de la mansión del Amor que todo lo ve.

Al no tener este Amor, al no comprenderlo, los hombres instituyen innumerables reformas que no implican ningún sacrificio interior, y cada uno imagina que su reforma va a enderezar el mundo para siempre, mientras él

mismo continúa propagando el mal al comprometerlo en su propio corazón. Sólo puede llamarse reforma a la que tiende a reformar el corazón humano, pues todo el mal tiene su origen en él, y sólo cuando el mundo, dejando de lado el egoísmo y las luchas partidistas, haya aprendido la lección del Amor divino, realizará la Edad de Oro de la bienaventuranza universal.

Que los ricos dejen de despreciar a los pobres, y los pobres de condenar a los ricos; que los codiciosos aprendan a dar, y los lujuriosos a volverse puros; que los partidistas dejen de pelear, y los poco caritativos comiencen a perdonar; que los envidiosos se esfuercen por alegrarse con los demás, y los calumniadores se avergüencen de su conducta. Que los hombres y las mujeres sigan este camino, y, ¡he aquí! la Edad de Oro está cerca. El que purifica su propio corazón es el mayor benefactor del mundo.

Sin embargo, aunque el mundo está, y estará por muchas épocas, excluido de esa Edad de Oro, que es la realización del Amor desinteresado, tú, si estás dispuesto, puedes entrar en ella ahora, elevándote por encima de tu yo egoísta; si pasas del prejuicio, el odio y la condena, al amor amable y perdonador.

Donde están el odio, la aversión y la condena, no mora el Amor desinteresado. Sólo reside en el corazón que ha cesado de toda condena.

Tú dices: "¿Cómo puedo amar al borracho, al hipócrita, al furtivo, al asesino? Me veo obligado a aborrecer y condenar a tales hombres". Es cierto que no puedes amar a esos hombres emocionalmente, pero cuando dices que debes forzosamente aborrecerlos y condenarlos, demuestras que no conoces el Gran Amor dominante; porque es posible alcanzar un estado de iluminación interior tal que te permita percibir la cadena de causas por las que esos hombres han llegado a ser como son, para entrar en sus intensos sufrimientos y conocer la certeza de su purificación final. Poseyendo tal conocimiento, te será completamente imposible seguir aborreciéndolos o condenándolos, y siempre pensarás en ellos con perfecta calma y profunda compasión.

Si amas a las personas y hablas de ellas con alabanza hasta que te frustran de alguna manera, o hacen algo que desapruebas, y entonces te desagradan y hablas de ellas con desprecio, no estás gobernado por el Amor que es de Dios. Si, en tu corazón, estás continuamente arengando y condenando a los demás, el Amor desinteresado está oculto para ti.

Quien sabe que el Amor está en el corazón de todas las cosas, y ha comprendido el poder omnímodo de ese Amor, no tiene lugar en su corazón para la condena.

Los hombres, al no conocer este Amor, se constituyen en juez y verdugo de sus semejantes, olvidando que existe el Eterno Juez y Verdugo, y en la medida en que los hombres se desvían de ellos en sus propios puntos de vista, en sus reformas y métodos particulares, los tachan de fanáticos, desequilibrados, faltos de juicio, de sinceridad y de honestidad; en la medida en que los demás se aproximan a su propia norma, los consideran como todo lo que es admirable. Tales son los hombres que están centrados en el yo. Pero aquel cuyo corazón está centrado en el Amor supremo no marca y clasifica a los hombres; no busca convertir a los hombres a sus propios puntos de vista, no los convence de la superioridad de sus métodos. Conociendo la Ley del Amor, la vive, y mantiene la misma actitud tranquila de la mente y la dulzura del corazón hacia todos. El degradado y el virtuoso, el necio y el sabio, el culto y el inculto, el egoísta y el desinteresado reciben por igual la bendición de su pensamiento tranquilo.

Sólo se puede alcanzar este conocimiento supremo, este Amor divino, mediante un esfuerzo incesante de autodisciplina y obteniendo una victoria tras otra sobre uno mismo. Sólo los puros de corazón ven a Dios, y cuando tu corazón esté suficientemente purificado entrarás en el Nuevo Nacimiento, y el Amor que no muere, ni cambia, ni termina en el dolor y la pena se despertará dentro de ti, y estarás en paz.

El que se esfuerza por alcanzar el Amor divino busca siempre superar el espíritu de condenación, porque donde hay un conocimiento espiritual puro, la condenación no puede existir, y sólo en el corazón que se ha vuelto incapaz de condenar se perfecciona el Amor y se realiza plenamente.

El cristiano condena al ateo; el ateo satiriza al cristiano; el católico y el protestante se enzarzan incesantemente en una guerra de palabras, y el espíritu de lucha y de odio gobierna donde debería haber paz y amor.

"El que odia a su hermano es un asesino", un crucificador del divino Espíritu de Amor; y hasta que no podáis considerar a los hombres de todas las religiones y de ninguna con el mismo espíritu imparcial, con toda libertad de aversión y con perfecta ecuanimidad, todavía tenéis que esforzaros por conseguir ese Amor que otorga a su poseedor la libertad y la salvación.

La realización del conocimiento divino, el Amor desinteresado, destruye por completo el espíritu de condena, dispersa todo el mal y eleva la conciencia a esa altura de la visión pura en la que el Amor, la Bondad, la Justicia se ven como universales, supremos, omnipotentes, indestructibles.

Entrena tu mente en el pensamiento fuerte, imparcial y gentil; entrena tu corazón en la pureza y la compasión; entrena tu lengua en el silencio y en el habla verdadera e inoxidable; así entrarás en el camino de la santidad y la paz, y finalmente realizarás el Amor inmortal. Viviendo así, sin buscar la conversión, convencerás; sin discutir, enseñarás; no acariciando la ambición, los sabios te descubrirán; y sin esforzarte por ganar la opinión de los hombres, someterás sus corazones. Porque el Amor es todopoderoso, todopoderoso; y los pensamientos, las obras y las palabras del Amor nunca pueden perecer.

Saber que el Amor es universal, supremo, omnipotente; liberarse de las trabas del mal; dejar de lado la inquietud interior; saber que todos los hombres se esfuerzan por realizar la Verdad cada uno a su manera; estar satisfecho, sin pena, sereno; esto es paz; esto es alegría; esto es inmortalidad; esto es Divinidad; esto es la realización del Amor desinteresado.

Me paré en la orilla, y vi las rocas

Resistir la embestida del poderoso mar,

Y cuando pensé cómo todos los innumerables choques

Habían resistido a través de una eternidad,

Dije: "Para desgastar esta sólida roca

Los incesantes esfuerzos de las olas son vanos".

Pero cuando pensé en cómo habían rasgado las rocas

y vi la arena y las tejas a mis pies

(pobres restos pasivos de la resistencia gastada)

Volcados y revueltos donde se juntan las aguas,

Entonces vi antiguos puntos de referencia bajo las olas,

Y supe que las aguas tenían a las piedras como esclavas.

Vi la poderosa obra de las aguas

Por la paciente suavidad y el incesante flujo;  
Cómo trajeron el promontorio más orgulloso  
A sus pies, y a las colinas masivas las abatieron;  
Cómo las suaves gotas conquistaron el muro adamantino  
Conquistaron al fin, y lo llevaron a su caída.  
Y entonces supe que el duro y resistente pecado  
Debería ceder al final al suave e incesante rollo del Amor  
Que va y viene, siempre fluyendo  
Sobre las orgullosas rocas del alma humana;  
Que toda la resistencia debe ser gastada y pasada,  
y que todo corazón se someta al fin a él.

Entrando en el Infinito

Desde el principio de los tiempos, el hombre, a pesar de sus apetitos y deseos corporales, en medio de todo su aferramiento a las cosas terrenales e impermanentes, siempre ha sido intuitivamente consciente de la naturaleza limitada, transitoria e ilusoria de su existencia material, y en sus momentos sanos y silenciosos ha tratado de alcanzar una comprensión del Infinito, y se ha vuelto con una aspiración desgarradora hacia la Realidad reposada del Corazón Eterno.

Mientras se imagina vanamente que los placeres de la tierra son reales y satisfactorios, el dolor y la pena le recuerdan continuamente su naturaleza irreal e insatisfactoria. Mientras se esfuerza por creer que la satisfacción completa se encuentra en las cosas materiales, es consciente de una rebelión interna y persistente contra esta creencia, que es a la vez una refutación de su mortalidad esencial, y una prueba inherente e imperecedera de que sólo en lo inmortal, lo eterno, lo infinito puede encontrar una satisfacción permanente y una paz ininterrumpida.

Y aquí está el terreno común de la fe; aquí la raíz y el manantial de toda religión; aquí el alma de la Hermandad y el corazón del Amor, que el hombre es esencial y espiritualmente divino y eterno, y que, inmerso en la mor-

talidad y atribulado por el desasosiego, se esfuerza siempre por entrar en la conciencia de su verdadera naturaleza.

El espíritu del hombre es inseparable del Infinito, y no puede satisfacerse con nada que no sea el Infinito, y la carga del dolor continuará pesando sobre el corazón del hombre, y las sombras del dolor oscurecerán su camino hasta que, dejando de vagar por el mundo de los sueños de la materia, vuelva a su hogar en la realidad de lo Eterno.

Como la más pequeña gota de agua separada del océano contiene todas las cualidades del océano, así el hombre, separado en conciencia del Infinito, contiene dentro de sí su semejanza; y como la gota de agua debe, por la ley de su naturaleza, encontrar finalmente su camino de regreso al océano y perderse en sus silenciosas profundidades, así el hombre, por la ley infalible de su naturaleza, debe finalmente regresar a su fuente, y perderse en el gran océano del Infinito.

Volver a ser uno con el Infinito es la meta del hombre. Entrar en perfecta armonía con la Ley Eterna es la Sabiduría, el Amor y la Paz. Pero este estado divino es, y debe ser siempre, incomprendible para lo meramente personal. La personalidad, la separación y el egoísmo son una misma cosa, y son la antítesis de la sabiduría y la divinidad. Mediante la entrega incondicional de la personalidad, la separación y el egoísmo cesan, y el hombre entra en posesión de su herencia divina de inmortalidad e infinidad.

Tal entrega de la personalidad es considerada por la mente mundana y egoísta como la más grave de todas las calamidades, la pérdida más irreparable, sin embargo es la única bendición suprema e incomparable, la única ganancia real y duradera. La mente no iluminada sobre las leyes internas del ser, y sobre la naturaleza y el destino de su propia vida, se aferra a las apariencias transitorias, a las cosas que no tienen en ellas ninguna sustancialidad duradera, y aferrándose así, perece, por el momento, entre los restos destrozados de sus propias ilusiones.

Los hombres se aferran a la carne y la gratifican como si fuera a durar para siempre, y aunque tratan de olvidar la proximidad y la inevitabilidad de su disolución, el temor a la muerte y a la pérdida de todo aquello a lo que se aferran nubla sus horas más felices, y la sombra escalofriante de su propio egoísmo les sigue como un espectro sin remordimientos.

Y con la acumulación de comodidades y lujos temporales, la divinidad dentro de los hombres se droga, y se hunden más y más en la materialidad, en la vida perecedera de los sentidos, y donde hay suficiente intelecto, las teorías sobre la inmortalidad de la carne llegan a considerarse como verdades infalibles. Cuando el alma de un hombre está nublada por el egoísmo en cualquiera de sus formas, pierde el poder de discriminación espiritual, y confunde lo temporal con lo eterno, lo perecedero con lo permanente, la mortalidad con la inmortalidad, y el error con la Verdad. Es así como el mundo se ha llenado de teorías y especulaciones que no tienen ningún fundamento en la experiencia humana. Todo cuerpo de carne contiene en sí mismo, desde la hora de su nacimiento, los elementos de su propia destrucción, y por la ley inalterable de su propia naturaleza debe desaparecer.

Lo perecedero en el universo nunca puede convertirse en permanente; lo permanente nunca puede pasar; lo mortal nunca puede convertirse en inmortal; lo inmortal nunca puede morir; lo temporal no puede convertirse en eterno ni lo eterno en temporal; la apariencia nunca puede convertirse en realidad, ni la realidad desvanecerse en apariencia; el error nunca puede convertirse en Verdad, ni la Verdad puede convertirse en error. El hombre no puede immortalizar la carne, pero, venciendo la carne, renunciando a todas sus inclinaciones, puede entrar en la región de la inmortalidad. "Sólo Dios tiene inmortalidad", y sólo realizando el estado de conciencia de Dios el hombre entra en la inmortalidad.

Toda la naturaleza en sus innumerables formas de vida es cambiante, impermanente, no duradera. Sólo el Principio informador de la naturaleza perdura. La naturaleza es múltiple y está marcada por la separación. El Principio informador es Uno y está marcado por la unidad. Al superar los sentidos y el egoísmo interior, que es la superación de la naturaleza, el hombre emerge de la crisálida de lo personal e ilusorio, y se eleva hacia la gloriosa luz de lo impersonal, la región de la Verdad universal, de la que proceden todas las formas perecederas.

Que los hombres, por lo tanto, practiquen la abnegación; que conquisten sus inclinaciones animales; que se nieguen a ser esclavizados por el lujo y el placer; que practiquen la virtud, y crezcan diariamente en una virtud elevada y cada vez más elevada, hasta que al final crezcan en la Divinidad, y entren tanto en la práctica como en la comprensión de la humildad, la man-

sedumbre, el perdón, la compasión y el amor, cuya práctica y comprensión constituyen la Divinidad.

"La buena voluntad da perspicacia", y sólo quien ha conquistado su personalidad de tal manera que no tiene más que una actitud mental, la de la buena voluntad, hacia todas las criaturas, posee la perspicacia divina, y es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso. El hombre supremamente bueno es, por lo tanto, el hombre sabio, el hombre divino, el vidente iluminado, el conocedor de lo Eterno. Donde encuentres una gentileza ininterrumpida, una paciencia duradera, una sublime humildad, una gracia de palabra, un autocontrol, un olvido de sí mismo y una profunda y abundante simpatía, busca allí la más alta sabiduría, busca la compañía de alguien así, porque ha realizado lo divino, vive con lo eterno, se ha hecho uno con lo infinito. No creas a aquel que es impaciente, dado a la ira, jactancioso, que se aferra al placer y se niega a renunciar a sus gratificaciones egoístas, y que no practica la buena voluntad y la compasión de largo alcance, porque tal persona no tiene sabiduría, vano es todo su conocimiento, y sus obras y palabras perecerán, ya que se basan en lo que pasa.

Que el hombre se abandone a sí mismo, que supere el mundo, que renuncie a lo personal; sólo por este camino puede entrar en el corazón del Infinito.

El mundo, el cuerpo, la personalidad son espejismos en el desierto del tiempo; sueños transitorios en la oscura noche del sueño espiritual, y aquellos que han cruzado el desierto, aquellos que están espiritualmente despiertos, son los únicos que han comprendido la Realidad Universal donde todas las apariencias se dispersan y el sueño y la ilusión son destruidos.

Hay una Gran Ley que exige obediencia incondicional, un principio unificador que es la base de toda diversidad, una Verdad eterna en la que todos los problemas de la tierra pasan como sombras. Realizar esta Ley, esta Unidad, esta Verdad, es entrar en el Infinito, es hacerse uno con lo Eterno.

Centrar la vida en la Gran Ley del Amor es entrar en el descanso, la armonía, la paz. Abstenerse de toda participación en el mal y en la discordia; dejar de resistirse al mal y de omitir lo que es bueno, y recaer en la obediencia inquebrantable a la santa calma interior, es entrar en el corazón más íntimo de las cosas, es alcanzar una experiencia viva y consciente de ese principio eterno e infinito que debe permanecer siempre como un misterio ocul-



to para el intelecto meramente perceptivo. Hasta que no se realiza este principio, el alma no se establece en la paz, y quien así lo realiza es verdaderamente sabio; no sabio con la sabiduría de los eruditos, sino con la simplicidad de un corazón intachable y de una hombría divina.

Entrar en la realización del Infinito y del Eterno es elevarse por encima del tiempo, del mundo y del cuerpo, que constituyen el reino de las tinieblas; y es establecerse en la inmortalidad, el Cielo y el Espíritu, que constituyen el Imperio de la Luz.

Entrar en el Infinito no es una mera teoría o sentimiento. Es una experiencia vital que es el resultado de la práctica asidua en la purificación interior. Cuando ya no se cree que el cuerpo es, ni siquiera remotamente, el hombre real; cuando todos los apetitos y deseos están completamente sometidos y purificados; cuando las emociones están descansadas y calmadas, y cuando la oscilación del intelecto cesa y se asegura el perfecto aplomo, entonces, y no hasta entonces, la conciencia se hace una con el Infinito; no hasta entonces se asegura la sabiduría infantil y la paz profunda.

Los hombres se cansan y encanecen sobre los oscuros problemas de la vida, y finalmente pasan y los dejan sin resolver porque no pueden ver el camino para salir de la oscuridad de la personalidad, estando demasiado absorbidos en sus limitaciones. Buscando salvar su vida personal, el hombre pierde la mayor Vida impersonal en la Verdad; aferrándose a lo perecedero, se cierra al conocimiento de lo Eterno.

Por la entrega del yo se superan todas las dificultades, y no hay error en el universo sino el fuego del sacrificio interior lo quemará como paja; ningún problema, por grande que sea, sino desaparecerá como una sombra bajo la luz escrutadora de la auto-abnegación. Los problemas sólo existen en nuestras propias ilusiones creadas por nosotros mismos, y desaparecen cuando se abandona el yo. El yo y el error son sinónimos. El error está envuelto en la oscuridad de la complejidad insondable, pero la simplicidad eterna es la gloria de la Verdad.

El amor al yo excluye a los hombres de la Verdad, y buscando su propia felicidad personal pierden la dicha más profunda, más pura y más duradera. Dice Carlyle: "Hay en el hombre algo más elevado que el amor a la felicidad. Puede prescindir de la felicidad y, en su lugar, encontrar la felicidad."

... No ames el placer, ama a Dios. Este es el Sí eterno, en el que se resuelve toda contradicción; en el que quien camina y trabaja, está bien con él".

Aquel que ha renunciado a ese yo, a esa personalidad que los hombres más aman, y a la que se aferran con tan feroz tenacidad, ha dejado atrás toda perplejidad, y ha entrado en una simplicidad tan profundamente sencilla que el mundo, envuelto como está en una red de errores, la considera una tontería. Sin embargo, tal persona ha realizado la más alta sabiduría, y está en reposo en el Infinito. Él "logra sin esforzarse", y todos los problemas se desvanecen ante él, porque ha entrado en la región de la realidad, y trata, no con los efectos cambiantes, sino con los principios inmutables de las cosas. Está iluminado con una sabiduría que es tan superior a la ración, como la razón lo es a la animalidad. Habiendo renunciado a sus lujurias, a sus errores, a sus opiniones y prejuicios, ha entrado en posesión del conocimiento de Dios, habiendo matado el deseo egoísta del cielo, y junto con él el miedo ignorante al infierno; habiendo renunciado incluso al amor a la vida misma, ha ganado la dicha suprema y la Vida Eterna, la Vida que une la vida y la muerte, y conoce su propia inmortalidad. Habiendo renunciado a todo sin reservas, lo ha ganado todo, y descansa en paz en el seno del Infinito.

Sólo aquel que se ha liberado de sí mismo hasta el punto de estar tan contento de ser aniquilado como de vivir, o de vivir como de ser aniquilado, es apto para entrar en el Infinito. Sólo aquel que, dejando de confiar en su yo perecedero, ha aprendido a confiar en medida ilimitada en la Gran Ley, el Bien Supremo, está preparado para participar de la dicha imperecedera.

Para tal persona no hay más lamento, ni decepción, ni remordimiento, porque donde ha cesado todo egoísmo no pueden existir estos sufrimientos; y todo lo que le sucede sabe que es para su propio bien, y está contento, no siendo ya el siervo del yo, sino el siervo del Supremo. Ya no le afectan los cambios de la tierra, y cuando oye hablar de guerras y rumores de guerras su paz no se ve perturbada, y allí donde los hombres se enfadan y se vuelven cínicos y pendencieros, él otorga compasión y amor. Aunque las apariencias lo contradigan, sabe que el mundo progresa, y que

"A través de su risa y su llanto,

A través de su vida y de su mantenimiento,

A través de sus locuras y sus trabajos, tejiendo dentro y fuera de la vista,  
Hasta el final desde el principio,  
A través de toda la virtud y todo el pecado,  
Enrollado del gran carrete de Dios del Progreso, corre el hilo dorado  
hilo de luz".

Cuando se desata una feroz tormenta nadie se enfada por ella, porque sabe que pasará rápidamente, y cuando las tormentas de la contienda devastan el mundo, el sabio, mirando con el ojo de la Verdad y la piedad, sabe que pasará, y que de los restos de los corazones rotos que deja tras de sí se construirá el inmortal Templo de la Sabiduría.

Sublimemente paciente; infinitamente compasivo; profundo, silencioso y puro, su sola presencia es una bendición; y cuando habla los hombres ponderan sus palabras en sus corazones, y por ellas se elevan a niveles más altos de logro. Así es aquel que ha entrado en el Infinito, que por el poder del máximo sacrificio ha resuelto el sagrado misterio de la vida.

Cuestionando la vida, el destino y la verdad,  
busqué la oscura y laberíntica Esfinge,  
Quien me habló de esta extraña y maravillosa cosa:--  
"La ocultación sólo reside en los ojos cegados,  
Y sólo Dios puede ver la Forma de Dios".  
Busqué resolver este misterio oculto  
Vainamente por caminos de ceguera y de dolor,  
Pero cuando encontré el Camino del Amor y la Paz,  
El ocultamiento cesó, y ya no fui ciego:  
Entonces vi a Dios con los ojos de Dios.

# **SANTOS, SABIOS Y SALVADORES; LA LEY DEL SERVICIO**

El espíritu de Amor que se manifiesta como una vida perfecta y redonda, es la corona del ser y el fin supremo del conocimiento en esta tierra.

La medida de la verdad de un hombre es la medida de su amor, y la Verdad está muy lejos de aquel cuya vida no está gobernada por el Amor. Los intolerantes y condenadores, aunque profesen la religión más elevada, tienen la medida más pequeña de la Verdad; mientras que aquellos que ejercen la paciencia, y que escuchan con calma y desapasionadamente a todas las partes, y llegan ellos mismos, e inclinan a otros, a conclusiones reflexivas e imparciales sobre todos los problemas y cuestiones, tienen la Verdad en su máxima medida. La prueba final de la sabiduría es ésta: ¿cómo vive un hombre? ¿Qué espíritu manifiesta? ¿Cómo actúa bajo la prueba y la tentación? Muchos hombres se jactan de estar en posesión de la Verdad, pero se dejan llevar continuamente por el dolor, la decepción y la pasión, y se hunden ante la primera prueba que se les presenta. La Verdad no es nada si no es inmutable, y en la medida en que un hombre se apoya en la Verdad, se vuelve firme en la virtud, se eleva por encima de sus pasiones y emociones y de su personalidad cambiante.

Los hombres formulan dogmas percederos y los llaman Verdad. La Verdad no puede ser formulada; es inefable, y siempre está más allá del alcance del intelecto. Sólo puede ser experimentada por la práctica; sólo puede manifestarse como un corazón inoxidable y una vida perfecta.

¿Quién, pues, en medio del incesante pandemónium de escuelas y credos y partidos, tiene la Verdad? El que la vive. El que la practica. Aquel que, habiéndose elevado por encima de ese pandemónium al superarse a sí mismo, ya no se involucra en él, sino que se sienta aparte, tranquilo, sometido, calmado y dueño de sí mismo, liberado de toda contienda, de todo prejuicio, de toda condena, y otorga a todos el amor alegre y desinteresado de la divinidad que hay en él.

Aquel que es paciente, calmado, gentil y perdonador en todas las circunstancias, manifiesta la Verdad. La verdad nunca se demostrará con argumentos verbales y tratados eruditos, pues si los hombres no perciben la verdad en la paciencia infinita, el perdón imperecedero y la compasión omnímoda, ninguna palabra podrá demostrársela.

Es fácil para los apasionados estar tranquilos y ser pacientes cuando están solos, o están en medio de la calma. Es igualmente fácil para los poco caritativos ser gentiles y amables cuando se les trata con amabilidad, pero aquel que conserva su paciencia y calma bajo toda prueba, que permanece sublimemente manso y gentil bajo las circunstancias más difíciles, él, y sólo él, es poseedor de la inmaculada Verdad. Y esto es así porque tales virtudes elevadas pertenecen a la Divinidad, y sólo pueden ser manifestadas por alguien que ha alcanzado la más alta sabiduría, que ha renunciado a su naturaleza apasionada y egoísta, que ha realizado la Ley suprema e inmutable, y se ha puesto en armonía con ella.

Que los hombres, por lo tanto, dejen de discutir vana y apasionadamente sobre la Verdad, y que piensen, digan y hagan aquellas cosas que hacen a la armonía, la paz, el amor y la buena voluntad. Que practiquen la virtud del corazón, y busquen humilde y diligentemente la Verdad que libera al alma de todo error y pecado, de todo lo que empaña el corazón humano, y que oscurece, como una noche interminable, el camino de las almas errantes de la tierra.

Hay una gran Ley que lo abarca todo y que es el fundamento y la causa del universo, la Ley del Amor. Ha sido llamada con muchos nombres en varios países y en varias épocas, pero detrás de todos sus nombres la misma Ley inalterable puede ser descubierta por el ojo de la Verdad. Los nombres, las religiones, las personalidades pasan, pero la Ley del Amor permanece.

Poseer el conocimiento de esta Ley, entrar en armonía consciente con ella, es volverse inmortal, invencible, indestructible.

Es debido al esfuerzo del alma por realizar esta Ley que los hombres vienen una y otra vez a vivir, a sufrir y a morir; y cuando se realiza, el sufrimiento cesa, la personalidad se dispersa, y la vida carnal y la muerte se destruyen, pues la conciencia se hace una con lo Eterno.

La Ley es absolutamente impersonal, y su máxima expresión manifestada es la del Servicio. Cuando el corazón purificado ha realizado la Verdad, es entonces llamado a hacer el último, el más grande y sagrado sacrificio, el sacrificio del bien ganado disfrute de la Verdad. Es en virtud de este sacrificio que el alma divinamente emancipada viene a habitar entre los hombres, revestida de un cuerpo de carne, contenta de habitar entre los más humildes y los más pequeños, y de ser estimada como servidora de toda la humanidad. Esa sublime humildad que manifiestan los salvadores del mundo es el sello de la divinidad, y aquel que ha aniquilado la personalidad y se ha convertido en una manifestación viva y visible del impersonal, eterno e ilimitado Espíritu de Amor, es el único que se destaca como digno de recibir la adoración incondicional de la posteridad. Sólo aquel que logra humillarse con esa humildad divina que no es sólo la extinción del yo, sino también el derramamiento sobre todos del espíritu de amor desinteresado, es exaltado por encima de toda medida, y se le da el dominio espiritual en los corazones de la humanidad.

Todos los grandes maestros espirituales se han negado a sí mismos lujos, comodidades y recompensas personales, han abjurado del poder temporal y han vivido y enseñado la Verdad ilimitada e impersonal. Compara sus vidas y enseñanzas, y encontrarás la misma simplicidad, el mismo auto-sacrificio, la misma humildad, amor y paz, tanto vividos como predicados por ellos. Enseñaron los mismos Principios eternos, cuya realización destruye todo el mal. Aquellos que han sido aclamados y adorados como los salvadores de la humanidad son manifestaciones de la Gran Ley impersonal, y siendo tales, estaban libres de pasión y prejuicio, y no teniendo opiniones, ni una carta especial de doctrina que predicar y defender, nunca buscaron convertir y hacer proselitismo. Viviendo en la más alta Bondad, la suprema Perfección, su único objetivo era elevar a la humanidad manifestando esa Bondad en pensamiento, palabra y obra. Se sitúan entre el hombre personal y Dios im-

personal, y sirven como tipos ejemplares para la salvación de la humanidad esclavizada por sí misma.

Los hombres que están inmersos en el yo, y que no pueden comprender la Bondad que es absolutamente impersonal, niegan la divinidad a todos los salvadores excepto a los suyos, y así introducen el odio personal y la controversia doctrinal, y, mientras defienden con pasión sus propios puntos de vista particulares, se consideran unos a otros como paganos o infieles, y así anulan, en lo que respecta a sus vidas, la belleza desinteresada y la santa grandeza de las vidas y enseñanzas de sus propios Maestros. La verdad no puede ser limitada; nunca puede ser la prerrogativa especial de ningún hombre, escuela o nación, y cuando la personalidad interviene, la verdad se pierde.

La gloria del santo, del sabio y del salvador es ésta: que ha realizado la más profunda humildad, el más sublime desinterés; habiendo renunciado a todo, incluso a su propia personalidad, todas sus obras son santas y duraderas, porque están liberadas de toda mancha del yo. Da, pero nunca piensa en recibir; trabaja sin lamentar el pasado ni anticipar el futuro, y nunca busca recompensa.

Cuando el agricultor ha labrado y preparado su tierra y ha puesto la semilla, sabe que ha hecho todo lo que podía hacer, y que ahora debe confiar en los elementos, y esperar pacientemente a que el curso del tiempo produzca la cosecha, y que ninguna expectativa de su parte afectará el resultado. Por el contrario, el que ha realizado la Verdad sale como sembrador de las semillas de la bondad, la pureza, el amor y la paz, sin esperar y sin buscar nunca resultados, sabiendo que existe la Gran Ley Soberana que produce su propia cosecha a su debido tiempo, y que es tanto la fuente de la preservación como de la destrucción.

Los hombres, al no comprender la divina simplicidad de un corazón profundamente desinteresado, consideran a su salvador particular como la manifestación de un milagro especial, como algo enteramente separado y distinto de la naturaleza de las cosas, y como si, en su excelencia ética, fuera eternamente inalcanzable para toda la humanidad. Esta actitud de incredulidad (pues tal es) en la perfectibilidad divina del hombre, paraliza el esfuerzo y ata las almas de los hombres como con fuertes cuerdas al pecado y al sufrimiento. Jesús "creció en sabiduría" y fue "perfeccionado por el sufri-

miento". Lo que Jesús fue, se convirtió en tal; lo que Buda fue, se convirtió en tal; y todo hombre santo se convirtió en tal por la perseverancia incesante en el auto-sacrificio. Una vez que reconozcas esto, una vez que te des cuenta de que mediante el esfuerzo vigilante y la perseverancia esperanzada puedes elevarte por encima de tu naturaleza inferior, y grandes y gloriosas serán las vistas de logro que se abrirán ante ti. Buda juró que no cejaría en sus esfuerzos hasta llegar al estado de perfección, y cumplió su propósito.

Lo que los santos, los sabios y los salvadores han logrado, tú también puedes lograrlo si sólo pisas el camino que ellos pisaron y señalaron, el camino del auto-sacrificio, del servicio abnegado.

La verdad es muy simple. Dice: "Abandonad el yo", "Venid a mí" (alejados de todo lo que contamina) "y yo os haré descansar". Todas las montañas de comentarios que se han amontonado sobre ella no pueden ocultarla del corazón que busca fervientemente la Justicia. No requiere aprendizaje; puede ser conocido a pesar del aprendizaje. Disfrazada bajo muchas formas por el hombre errante y egoísta, la hermosa simplicidad y la clara transparencia de la Verdad permanecen inalteradas y no se atenúan, y el corazón desinteresado entra y participa de su brillante resplandor. La Verdad no se realiza tejiendo complejas teorías, ni construyendo filosofías especulativas, sino tejiendo la red de la pureza interior, construyendo el Templo de una vida inoxidable.

El que entra en este santo camino comienza por refrenar sus pasiones. Esto es la virtud, y es el comienzo de la santidad, y la santidad es el comienzo de la santidad. El hombre completamente mundano satisface todos sus deseos, y no practica más restricción que la que exige la ley de la tierra en la que vive; el hombre virtuoso restringe sus pasiones; el santo ataca al enemigo de la Verdad en su fortaleza dentro de su propio corazón, y restringe todos los pensamientos egoístas e impuros; mientras que el hombre santo es aquel que está libre de pasión y de todo pensamiento impuro, y para quien la bondad y la pureza se han vuelto tan naturales como el aroma y el color lo son para la flor. El hombre santo es divinamente sabio; sólo él conoce la Verdad en su plenitud, y ha entrado en el descanso y la paz permanentes. Para él, el mal ha cesado; ha desaparecido en la luz universal del Bien. La santidad es la insignia de la sabiduría. Dijo Krishna al Príncipe Arjuna--



"Humildad, veracidad e inofensividad,  
Paciencia y honor, reverencia a los sabios,  
Pureza, constancia, control de sí mismo,  
Desprecio de los placeres de los sentidos, abnegación,  
Percepción de la certeza del mal

En el nacimiento, la muerte, la edad, la enfermedad, el sufrimiento y el pecado;

Un corazón siempre tranquilo en la buena fortuna  
y en las malas, ...

... Esfuerzos decididos

Para alcanzar la percepción del alma suprema  
y la gracia de comprender qué ganancia es

Para alcanzarlo... ¡Esta es la verdadera sabiduría, Príncipe!

Y lo que es de otro modo es ignorancia".

Quien lucha incesantemente contra su propio egoísmo, y se esfuerza por suplantarlos con el amor integral, es un santo, ya sea que viva en una casa de campo o en medio de riquezas e influencias; o que predique o permanezca en la oscuridad.

Para el mundano, que empieza a aspirar a cosas más elevadas, el santo, como un dulce San Francisco de Asís, o un conquistador San Antonio, es un glorioso e inspirador ejemplo de amor. Antonio, es un espectáculo glorioso e inspirador; para el santo, una visión igualmente cautivadora es la del sabio, sentado sereno y santo, vencedor del pecado y del dolor, ya no atormentado por el arrepentimiento y el remordimiento, y a quien ni siquiera la tentación puede alcanzar; Y sin embargo, incluso el sabio se siente atraído por una visión aún más gloriosa, la del salvador que manifiesta activamente su conocimiento en obras desinteresadas, y que hace que su divinidad sea más potente para el bien al hundirse en el corazón palpitante, afligido y aspirante de la humanidad.

Y sólo esto es el verdadero servicio: olvidarse de sí mismo en el amor hacia todos, perderse en el trabajo por el todo. Oh, tú, hombre vano y necio,

que piensas que tus muchas obras pueden salvarte; que, encadenado a todo error, hablas en voz alta de ti mismo, de tu trabajo y de tus muchos sacrificios, y te engrandesces con tu propia importancia; sabe esto, que aunque tu fama llene toda la tierra, todo tu trabajo se convertirá en polvo, y tú mismo serás considerado más bajo que el más pequeño en el Reino de la Verdad.

Sólo la obra impersonal puede vivir; las obras del yo son impotentes y perecederas. Donde los deberes, por humildes que sean, se realizan sin interés propio y con alegre sacrificio, hay verdadero servicio y trabajo perdurable. Cuando las obras, por muy brillantes y aparentemente exitosas que sean, se realizan por amor al yo, hay ignorancia de la Ley del Servicio, y la obra perece.

Se le ha dado al mundo para que aprenda una gran y divina lección, la lección del desinterés absoluto. Los santos, los sabios y los salvadores de todos los tiempos son los que se han sometido a esta tarea, y la han aprendido y vivido. Todas las Escrituras del mundo están enmarcadas para enseñar esta única lección; todos los grandes maestros la reiteran. Es demasiado simple para el mundo que, despreciándola, tropieza con los complejos caminos del egoísmo.

Un corazón puro es el fin de toda religión y el principio de la divinidad. Buscar esta Rectitud es recorrer el Camino de la Verdad y de la Paz, y quien se adentra en este Camino pronto percibirá esa Inmortalidad que es independiente del nacimiento y de la muerte, y se dará cuenta de que en la economía divina del universo el esfuerzo más humilde no está perdido.

La divinidad de un Krishna, de un Gautama o de un Jesús es la gloria suprema de la abnegación, el fin de la peregrinación del alma en la materia y la mortalidad, y el mundo no habrá terminado su largo viaje hasta que cada alma se haya convertido en ellos y haya entrado en la dichosa realización de su propia divinidad.

Una gran gloria corona las alturas de la esperanza por la ardua lucha ganada;

Brillante honor rodea la cabeza canosa que ha hecho obras poderosas;

Ricas riquezas vienen a quien se esfuerza en los caminos de la ganancia dorada.

Y la fama consagra el nombre de quien trabaja con un cerebro brillante;

Pero mayor gloria le espera a quien, en la lucha incruenta  
Contra el yo y el mal, adopta, en el amor, la vida sacrificada;  
Y un honor más brillante rodea la frente de quien, en medio de los  
desprecios  
de los ciegos idólatras del yo, acepta la corona de espinas;  
Y las riquezas más puras y justas llegan a quien se esfuerza mucho  
Por andar en caminos de amor y verdad para endulzar las vidas humanas;  
Y el que sirve bien a la humanidad cambia la fama fugaz  
Por la Luz eterna, la Alegría y la Paz, y las vestiduras de la llama  
celestial.

# LA REALIZACIÓN DE LA PAZ PERFECTA

En el universo externo hay incesante agitación, cambio e inquietud; en el corazón de todas las cosas hay un reposo imperturbable; en este profundo silencio habita el Hombre Eterno que participa de esta dualidad, y tanto el cambio y la inquietud superficiales, como la morada eterna y profunda de la Paz, están contenidos en él. Como hay profundidades silenciosas en el océano que la tormenta más feroz no puede alcanzar, así hay profundidades silenciosas y santas en el corazón del hombre que las tormentas del pecado y la pena nunca pueden perturbar. Alcanzar este silencio y vivir conscientemente en él es la paz. En el mundo exterior reina la discordia, pero en el corazón del universo reina una armonía ininterrumpida. El alma humana, desgarrada por la pasión y el dolor discordantes, se dirige ciegamente hacia la armonía del estado sin pecado, y alcanzar este estado y vivir conscientemente en él es la paz. El odio segrega vidas humanas, fomenta la persecución y lanza a las naciones a una guerra despiadada; sin embargo, los hombres, aunque no comprendan por qué, conservan cierta fe en la sombra de un Amor Perfecto; y alcanzar este Amor y vivir conscientemente en él es la paz. Y esta paz interior, este silencio, esta armonía, este Amor, es el Reino de los Cielos, que es tan difícil de alcanzar porque son pocos los que están dispuestos a renunciar a sí mismos y a hacerse como niños pequeños.

"La puerta del Cielo es muy estrecha y diminuta,  
No puede ser percibida por los hombres insensatos  
Cegados por las vanas ilusiones del mundo;  
E'en los clarividentes que discernen el camino,

y buscan entrar, encuentran el portal cerrado,  
y difícil de abrir. Sus enormes cerrojos

Son el orgullo y la pasión, la avaricia y la lujuria".

Los hombres gritan ¡paz! ¡paz! donde no hay paz, sino al contrario, discordia, inquietud y lucha. Aparte de esa Sabiduría que es inseparable de la renuncia a sí mismo, no puede haber una paz real y duradera. La paz que resulta de la comodidad social, de la gratificación pasajera o de la victoria mundana es transitoria en su naturaleza, y se quema en el calor de la prueba ardiente. Sólo la Paz del Cielo perdura a través de todas las pruebas, y sólo el corazón desinteresado puede conocer la Paz del Cielo. Sólo la santidad es la paz imperecedera. El autocontrol conduce a ella, y la Luz de la Sabiduría, siempre creciente, guía al peregrino en su camino. Se participa en una medida tan pronto como se entra en el camino de la virtud, pero sólo se realiza en su plenitud cuando el yo desaparece en la consumación de una vida inoxidable.

"Esto es la paz,

Vencer el amor al yo y la lujuria de la vida,

Arrancar del corazón la pasión profundamente arraigada

Para calmar la lucha interior".

Si, oh lector, quieres realizar la Luz que nunca se desvanece, la Alegría que nunca termina, y la tranquilidad que no puede ser perturbada; si quieres dejar atrás para siempre tus pecados, tus penas, tus ansiedades y perplejidades; si, digo, quieres participar de esta salvación, de esta Vida supremamente gloriosa, entonces conquístate. Lleva cada pensamiento, cada impulso, cada deseo a la perfecta obediencia del poder divino que reside en ti. No hay otro camino hacia la paz que éste, y si te niegas a recorrerlo, tus muchas oraciones y tu estricta adhesión al ritual serán infructuosas e inútiles, y ni los dioses ni los ángeles podrán ayudarte. Sólo al que vence se le da la piedra blanca de la vida regenerada, en la que está escrito el Nuevo e Inefable Nombre. Aléjate, por un tiempo, de las cosas externas, de los placeres de los sentidos, de los argumentos del intelecto, del ruido y de las excitaciones del mundo, y retírate a la cámara más íntima de tu corazón, y allí libre de la intromisión sacrílega de todos los deseos egoístas, encontrarás un profundo silencio, una santa calma, un dichoso reposo, y si descansas un rato en ese

lugar sagrado, y meditas allí, el ojo impecable de la Verdad se abrirá dentro de ti, y verás las cosas como realmente son. Este lugar sagrado dentro de ti es tu ser real y eterno; es lo divino dentro de ti; y sólo cuando te identificas con él puede decirse que estás "vestido y en tu sano juicio". Es la morada de la paz, el templo de la sabiduría, la morada de la inmortalidad. Aparte de este lugar de descanso interior, este Monte de la Visión, no puede haber verdadera paz, ni conocimiento de lo Divino, y si puedes permanecer allí un minuto, una hora o un día, es posible que permanezcas allí siempre. Todos tus pecados y penas, tus miedos y ansiedades son tuyos, y puedes aferrarte a ellos o abandonarlos. Por tu propia voluntad te aferras a tu malestar; por tu propia voluntad puedes llegar a la paz permanente. Nadie más puede renunciar al pecado por ti; tú mismo debes renunciar a él. El mayor maestro no puede hacer más que recorrer el camino de la Verdad por sí mismo, y señalártelo; tú mismo debes recorrerlo por ti. Puedes obtener la libertad y la paz sólo por tus propios esfuerzos, renunciando a lo que ata al alma y que es destructivo de la paz. Los ángeles de la paz y de la alegría divina están siempre al alcance de la mano, y si no los ves, ni los oyes, ni habitas con ellos, es porque te cierras a ellos y prefieres la compañía de los espíritus del mal que hay en ti. Sois lo que queréis ser, lo que deseáis ser, lo que preferís ser. Puedes comenzar a purificarte, y al hacerlo puedes llegar a la paz, o puedes negarte a purificarte, y así permanecer con el sufrimiento. Hazte a un lado, entonces; sal de la inquietud y la fiebre de la vida; aléjate del calor abrasador del yo, y entra en el lugar de descanso interior donde los aires refrescantes de la paz te calmarán, renovarán y restaurarán. Sal de las tormentas del pecado y la angustia. ¿Por qué estar turbado y tentado cuando el remanso de paz de Dios es tuyo? Renuncia a toda búsqueda de sí mismo; renuncia al yo, y ¡he aquí que la Paz de Dios es tuya! Somete al animal dentro de ti; vence toda sublevación egoísta, toda voz discordante; transmuta los metales básicos de tu naturaleza egoísta en el oro puro del Amor, y realizarás la Vida de la Paz Perfecta. Así subyugando, así conquistando, así transmutando, cruzarás, oh lector, mientras vives en la carne, las oscuras aguas de la mortalidad, y llegarás a esa Orilla sobre la que nunca golpean las tormentas del dolor, y donde el pecado y el sufrimiento y la oscura incertidumbre no pueden llegar. De pie en esa Orilla, santo, compasivo, despierto, y dueño de sí mismo y alegre con una alegría interminable, te darás cuenta de que

"Nunca el Espíritu nació, el Espíritu dejará de ser nunca;

Nunca fue el tiempo no fue, el fin y el principio son sueños;

Sin nacimiento y sin muerte e inmutable permanece el Espíritu para siempre;

La muerte no lo ha tocado en absoluto, aunque su casa parezca muerta".

Entonces conocerás el significado del Pecado, del Dolor, del Sufrimiento, y que su fin es la Sabiduría; conocerás la causa y el fin de la existencia. Y con esta comprensión entrarás en el descanso, pues ésta es la dicha de la inmortalidad, ésta la alegría inmutable, éste el conocimiento sin trabas, la Sabiduría sin mácula y el Amor imperecedero; ésta, y sólo ésta, es la realización de la Paz Perfecta.

¡Oh tú que quieres enseñar a los hombres la Verdad!

¿Has atravesado el desierto de la duda?

¿Has sido purificado por los fuegos del dolor?

Los demonios de la opinión expulsados

De tu corazón humano? ¿Es tu alma tan bella que ningún pensamiento falso puede alojarse en ella?

¡Oh, tú que quieres enseñar a los hombres el Amor!

¿Has pasado por el lugar de la desesperación?

¿Has llorado en la noche oscura del dolor?

¿se mueve

(Ahora liberado de su pena y cuidado)

Tu corazón humano a la dulzura compasiva, mirando el mal, y el odio, y la tensión incesante?

¡Oh tú que quieres enseñar a los hombres la Paz!

¿Has cruzado el ancho océano de la lucha?

¿Has encontrado en las Orillas del Silencio

¿liberación de toda la salvaje inquietud de la vida?

De tu corazón humano se ha ido toda la lucha,

¿Dejando sólo la Verdad, el Amor y la Paz?

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**